

LA FIESTA DE LOS LOCOS

LA FIESTA DE LOS LOCOS

A mi hijo

Personajes

GARCÍA DE TOLOSA

GUILLEM

CAROLO

FRANCISCO

ALEGRET

DINAZARDA

CONDE DE LIAÑO

Y un CORO, cuyo número dependerá del presupuesto, encargado de representar soldados, penitentes y juglares.

ACTO PRIMERO

El corazón de un bosque sobre el que se ha dibujado una encrucijada de senderos medio ocultos por helechos. Ayer fueron, quizá, caminos. Hoy apenas son atajos. Mañana serán leyendas de viajes sin arribo. Las brechas aéreas son angostas y la luz las viola cansinamente, soliumbrando la hojarasca deshuellada. Se oyen lejanos trinos que pudieran ser flautas. ¿Llamadas o lamentos? ¿Prevenidas vanguardias o fiestas de temporada?

GARCÍA DE TOLOSA cruza el bosque presintiendo amenazas y se esconde al oír pasos. Es un goliardo.

FRANCISCO, vestido de peregrino, llega temeroso también, y cuando está en el centro de la encrucijada, detrás de los altos arbustos surge un gigante medio oculto por las sombras. FRANCISCO grita y sale huyendo. El gigante desaparece con pasos torpes.

Ahora es CAROLO quien cruza con paso seguro. Se detiene al instante y escucha presto al ataque.

TOLOSA canta desde su emboscaje para dejar miedos y provocar encuentros.

TOLOSA.— «In taberna quando sumus
non curamos quid sit humus...»¹

(Lentamente, sale al claro frente a CAROLO ofreciendo sus palmas en signo de paz. Una alegre flauta les hace

¹ Más adelante se dará en castellano la letra completa de esta conocida *Carmina Burana*.

mirar hacia la izquierda y prevenirse: es ALEGRET, un juglar corcobeta que irrumpe con una acrobacia. Por la otra parte vuelve FRANCISCO, quien al parecer lo observó todo escondido. Cada uno en su parte del camino pierde el recelo, pero antes de confluír observan que otros dos personajes han llegado también, silenciosamente, al encuentro imprevisto: son GUILLEM y un joven. El primero parece un trovador, aunque todos visten con cierta apariencia de peregrinos. Convergen las miradas como lo hacen los senderos, pero nadie se mueve.)

TOLOSA.— *(Conciliador.)* Somos hombres de bien.

GUILLEM.— Pero nos cerramos los caminos.

CAROLO.— Yo podría apartarme para que pasaras tú.

GUILLEM.— Ni aunque fueran leguas.

TOLOSA.— *(A GUILLEM.)* No eres tan gordo, y pasando de uno en uno...

GUILLEM.— *(Sin aceptar la ironía.)* Si tocó una rama, si pisó una hoja y la rama y la hoja la tocamos nosotros...

FRANCISCO.— *(Comprendiendo.)* ¡La peste!

(Todos retroceden.)

CAROLO.— Huyo de la peste, cierto. No lo haría si la tuviera.

GUILLEM.— Puedes tenerla y no saberlo.

CAROLO.— ¿Lo sabes tú?

TOLOSA.— Podemos saberlo todos.

(TOLOSA comienza a desnudarse para mostrar su cuerpo limpio. El desnudo puede ser total o parcial; en cualquier caso, debe ser una acción fresca y divertida, jamás morbosa u oportunista. Tras alguna vacilación los demás encrucijados imitan a TOLOSA. El juglar le sigue y se despoja de sus ropas, aprovechando la ocasión para contorsionarse y mostrar sus habilidades. Cuando se muestra desnudo, su joroba ha desaparecido.)

TOLOSA.— ¿Y esa joroba?

ALEGRET.— Mis pecados vueltos del revés. (*El cuerpo de ALEGRET ofrece sospechosas rojeces que asustan a los demás.*) Yo jamás podré desnudarme del todo: siempre me cubrirá la mugre.

FRANCISCO.— ¡Lleva manchas!

ALEGRET.— Son piojos.

TOLOSA.— ¡Qué dientes!

ALEGRET.— Tienen hambre, como yo. Comezón de liendres y ladillas: los blasones del pueblo.

(*TOLOSA ríe y canta. ALEGRET le acompaña con su flauta. Le toca el turno a FRANCISCO.*)

FRANCISCO.— Me conturbo.

TOLOSA.— Resignaos. A la mirada de Dios, todos estamos desnudos.

«In taberna quando sumus
non curamos, quid sit humus
sed ad ludum properamus,
cui semper insudamus.»

(*Mientras canta, FRANCISCO se despoja de sus vestidos de peregrino y se sienta después junto a TOLOSA y ALEGRET. Éste saca de su falsa joroba un cimbalillo y se lo pasa a FRANCISCO para que ayude al ritmo. Se desnuda CAROLO y después GUILLEM.*)

CAROLO.— (*Refiriéndose a él mismo.*) Ni bubones ni pústulas.

GUILLEM.— Tampoco las tengo yo.

CAROLO.— ¿Y él? (*Ha señalado al joven.*)

GUILLEM.— ¡Él no!

(*Se interrumpe la música y el canto. El joven comienza a desnudarse. ALEGRET guarda el cimbalillo en su joroba.*)

GUILLEM.— ¡No lo hagas!

DINAZARDA.— ¿Quién sabe si ellos podrán ayudarnos?

GUILLEM.— Pero...

DINAZARDA.— *(Rechazando con cariño.)* Por favor, Guillem... *(El joven se desnuda. Es una mujer. Luego, mirando a CAROLO, le dice con ironía:)*
Ni bubones ni pústulas.

CAROLO.— *(Siguiendo el juego.)*... pero un gran... corazón.

(GUILLEM avanza belicoso hacia CAROLO. Los demás les detienen.)

FRANCISCO.— ¿No son bastantes los ladrones y las fieras?

TOLOSA.— ¿No os basta la peste?

GUILLEM.— A nada temo.

CAROLO.— Yo tampoco..., sólo me protejo.

FRANCISCO.— ¿Adónde vais?

(Pausa. Se miran.)

GUILLEM.— De camino.

CAROLO.— Como todos. Eso ya se sabe. Esto es una encrucijada, no un destino.

TOLOSA.— ¿Quién sabe?

FRANCISCO.— Si hemos de continuar y todos vamos en la misma dirección, podríamos unirnos. Los caminos de Santiago se han convertido en pruebas del infierno.

(Empieza a vestirse.)

GUILLEM.— *(A FRANCISCO.)* ¿Quién eres tú?

FRANCISCO.— ¿No se ve? Un peregrino. ¿Y vosotros?

(Hay una general desconfianza.)

GUILLEM.— También.

CAROLO.— Sí, peregrinos.

ALEGRET.— Peregrinos recomendando su alma a Dios.

TOLOSA.— *(Irónico.)* Devotos peregrinos, penitentes peregrinos, peregrinos pecadores, orantes y arrepentidos.

(TOLOSA vuelve a cantar y ALEGRET baila. FRANCISCO mira detenidamente a todos. [El goliardo canta en latín porque el diálogo de los otros personajes debe resaltar por ser más importante. Se conseguirá así un cierto decoro histórico, pues los carmina burana se componían, normalmente, en latín. Si más adelante se toma la licencia de la traducción, es en beneficio del público.])

TOLOSA.— (Sin dejar de atender la acción de los demás personajes.)

«Viren prata hiemata
tersa rabie,
florum data, mundo grata
riden facie.
Solis radio
nitent, albent, rubent, candent,
veris, ritus iura pendent
ortu vario.»²

CAROLO.— (A FRANCISCO.) ¿Qué miras? (Terminan de vestirse.)

GUILLEM.— ¿Buscas algo?

FRANCISCO.— No lleváis espada.

CAROLO.— (Alarmado, llevándose la mano al cinto en un gesto irreflexivo.)
¿Espada?

FRANCISCO.— Sí, el bastón del peregrino. (Señala el suyo.) La espada espiritual que ayuda en la senda y defiende del lobo.

TOLOSA.— (Dejando de cantar.) Y del ladrón y el asesino.

FRANCISCO.— Tampoco veo que llevéis las insignias que protegen e identifican: el morral, la calabaza para agua y el sombrero de ala vuelta.

TOLOSA.— Nos uniforma el pecado, hermano.

CAROLO.— Por eso vamos de peregrinaje.

ALEGRET.— En el Santo Sepulcro hallaremos perdón.

² Los prados crecen verdes, libres de la furia del invierno, sembrados con flores de encantadora hermosura, que ríen. Calentados por los rayos del Sol, retoñan, brillan, chispean y relucen, mostrando la variedad de la primavera.

FRANCISCO.— ¿Vais a Jerusalén?

ALEGRET.— ¿No es allí adonde se peregrina?

TOLOSA.— Mi bruto congénere, confundes la peregrinación con la cruzada.

FRANCISCO.— ¡Luego él miente!

CAROLO.— (*Sardónico.*) No lo habíamos notado.

ALEGRET.— No miento. Voy a Jerusalem: mis pecados son tan grandes que peregrinar no es suficiente. ¡Una cruzada necesito yo!

FRANCISCO.— Reza, hermano.

ALEGRET.— No hago otra cosa.

FRANCISCO.— Pues ni una vez te oí nombrar a Dios.

ALEGRET.— ¡Por dentro llevo el vocerío! ¡Una gaita soy!

FRANCISCO.— Me parece bien tu recogimiento.

TOLOSA.— Muy pronto le has creído. ¿Tanta fe tienes en los hombres?

GUILLEM.— ¿Descansamos?

ALEGRET.— Si hay algo mejor que la compañía para compartir...

FRANCISCO.— Tocino y pan.

GUILLEM.— Fruta traemos nosotros, y algo de miel.

CAROLO.— Participo con los restos de un capón.

TOLOSA.— Yo pongo queso.

ALEGRET.— El hambre dejádmela a mí.

(*Ríen.*)

TOLOSA.— Al menos desbroza el campo y haznos sitio.

(*ALEGRET rompe algunas ramas y separa troncos, pero intenta inútilmente arrancar una vara florida clavada en el suelo.*)

TOLOSA.— Te finges débil para pedir más tajada.

GUILLEM.— Es sólo una rama.

CAROLO.— (*Misterioso.*) No podrá desclavarla.

ALEGRET.— Lo veremos después de la comida.

(*Se sientan y comen.*)

TOLOSA.— Éste es el milagro del pan y los peces: cada uno puso lo que tenía y sobró después de que todos se hartaran.

FRANCISCO.— Sólo hubo pan. Su multiplicación fue el milagro.

ALEGRET.— El milagro fue que el dueño del pan lo diera.

FRANCISCO.— ¡Qué falta de fe! Diréis que el Santo no está en Santiago.

TOLOSA.— Esta ése... y cien más.

FRANCISCO.— ¡Qué sabréis vosotros!

CAROLO.— (A FRANCISCO, *por* TOLOSA.) Es un tabardo. Tonto eres si te rascas.

TOLOSA.— Llevo besadas, tocadas, compradas y visitadas más reliquias incorruptas de las que podrían caber en todos los cementerios de la cristiandad.

FRANCISCO.— ¡Malditos los que negocian en nombre de Dios!

TOLOSA.— ¡Benditos! Los muertos que ellos exhiben no tendrán que ser desenterrados en el valle de Josafat.

FRANCISCO.— ¿Eres hereje?

DINAZARDA.— Comamos en paz.

TOLOSA.— No, dejadle. (A FRANCISCO.) No, no soy hereje; no podría serlo ni queriendo: me salen las indulgencias por las orejas. He tocado el lignum crucis; el cáliz del Beato Entropio sobre el que se posó el aliento de Dios. He tenido en mis manos uno de los cuchillos de la última cena, lo cual no es de mérito, porque había más de uno. Compré un trozo de la vara de Moisés con la que separó el Mar Rojo y que todavía está mojada. Y si juzgo por los 6.850 clavos de la crucifixión que llevo besados, concluyo que a Cristo, más que crucificarlo, lo remacharon.

FRANCISCO.— La veneración ya no basta: hay que tocar.

ALEGRET.— Se reza como se come: con los dedos.

DINAZARDA.— Es la imaginación del hombre.

TOLOSA.— Sí, ella crea los milagros con más frecuencia que Dios.

FRANCISCO.— No es imaginación, sino vicio, apetencia de bienes terrenos.

TOLOSA.— Toda ciudad se cree propietaria de un santo más santo que cualquier santo.

GUILLEM.— Y algunas evitan la comparación exhibiendo al Jefe de todos ellos. Oíd lo que dicen en Oviedo:

«Quien va a Santiago
y no a San Salvador,

visita al criado
y deja al señor.»

ALEGRET.— De algunos abades me sé yo que pusieron a un frailuco muerto al aire de la sierra para que se quedara incorrupto como los jamones y cobrar por el milagro.

FRANCISCO.— ¡Mentiras de herejes!

ALEGRET.— No lo inventé yo.

FRANCISCO.— Ni lo viste.

ALEGRET.— No tenía dinero para la entrada.

FRANCISCO.— ¡Cuentos de caminantes ociosos! ¡Dios protege del pecado a quienes le siguen!

GUILLEM.— Tu fe te eleva, pero la ingenuidad te perderá. Todos los pueblos viven del río nutritivo de los peregrinos.

TOLOSA.— Los conventos son tabernas y Santiago una feria.

FRANCISCO.— Todo se trocará en vigiliyas, ayunos y preces y otras mil pesadumbres.

ALEGRET.— (*Sin parar de comer.*) ¡Hasta que llegue!

FRANCISCO.— Llega cuando nadie lo espera. Ahí está el castigo.

TOLOSA.— Pues me das más argumentos: en menos de diez años hemos tenido más de cinco Papas. Las intrigas... celestiales impidieron que murieran de viejos en sus camas de seda, dosel y brocados.

FRANCISCO.— De las intrigas nadie está a salvo. Ni el Conde de Liaño.

(*Pausa. Todos se miran.*)

TOLOSA.— ¿Hace penitencia el viejo bárbaro?

FRANCISCO.— Sí, en el infierno.

ALEGRET.— ¿Se le atragantó algún hueso?

FRANCISCO.— Catorce y de acero.

TOLOSA.— Muchas bocas de sangre son ésas.

CAROLO.— Empalarían al asesino.

GUILLEM.— ¿Quién fue?

FRANCISCO.— Por no saber, no se sabe si fue uno o varios, hombre o mujer.

CAROLO.— Malos tiempos.

TOLOSA.— Siempre lo son.

FRANCISCO.— Estos son peores. Hay presagios.

GUILLEM.— ¿El fin del mundo?

FRANCISCO.— ¿Por qué no? Esta fecha es buena.

TOLOSA.— Lo es cualquiera. Si tiene ceros porque es redonda, si acaba en tres por la Trinidad, si en siete por las plagas de Egipto, si en cinco nuestra mano. Los Evangelistas son cuatro; también vale.

ALEGRET.— ¿Y si acaba en dos?

TOLOSA.— Como Adán y Eva, pero antes de la serpiente, que después procrearon durante 930 años.

ALEGRET.— También yo comería del árbol para ser castigado de esa forma.

TOLOSA.— Decíme un número y encontraré un símbolo que aterre a los crédulos e ignorantes. A los Papas les interesa un fin del mundo cada mes.

FRANCISCO.— Pero este año la Anunciación coincide con el Viernes Santo.

CAROLO.— No hay día que no sea el aniversario de otro.

ALEGRET.— ¡Claro! Unas veces se coincide con la muerte de Cristo y otra con su circuncisión.

FRANCISCO.— ¡No te burles de nuestro Señor!

ALEGRET.— Circunciso estaba. Era judío.

FRANCISCO.— Malditos los judíos que lo crucificaron.

TOLOSA.— ¡Maldices mucho! ¿A quién dejas para el cielo?

FRANCISCO.— Son muchos los llamados y pocos los escogidos. Y ha llegado la hora del clamor de las trompetas del día del juicio.

TOLOSA.— Cada uno tenemos nuestro fin del mundo. El mío será cuando me impidan el paso a las tabernas, cuando pierda el cuchillo de mi lengua, cuando las vaqueras rijosas no me permitan ordeñar. Ése será mi fin; que lo sea también del mundo poco me importa.

GUILLEM.— Si la peste sigue extendiéndose, coincidiremos todos contigo.

(ALEGRET coge la calabaza de FRANCISCO.)

ALEGRET.— ¿Te queda agua?

(FRANCISCO intenta evitar que ALEGRET beba, pero la sed del juglar es más rápida que la mano del peregrino.)

FRANCISCO.— ¡Déjala!

ALEGRET.— ¡Pero si es vino!

TOLOSA.— Déjame probar.

ALEGRET.— (*Echándose a TOLOSA.*) Con tales estímulos se te torcerá el camino de Santiago.

FRANCISCO.— (*Sin convicción.*) ¡Es agua, no es vino!

TOLOSA.— (*Después de beber.*) Vino es ahora. Te lo dice un experto. (*A CAROLO.*) Mira a ver si me equivoco.

(Le pasa la calabaza e impide que FRANCISCO la coja.)

CAROLO.— (*Bebe.*) Vino.

FRANCISCO.— Un milagro del Santo Señor Santiago.

ALEGRET.— Mucho milagro es éste para un solo Santo.

TOLOSA.— Di mejor que intervino Nuestro Señor Jesucristo, que él ya tiene práctica en eso de poner grados al agua.

(CAROLO ha pasado la calabaza a DINAZARDA que no la coge.)

GUILLEM.— Ella no bebe.

CAROLO.— Le servirá para calentarse.

GUILLEM.— ¡No bebe!

(La tajante respuesta sorprende a todos.)

CAROLO.— ¿Y tú?

GUILLEM.— No lo desprecio.

(Bebe y devuelve después la calabaza a FRANCISCO.)

FRANCISCO.— (*Disculpándose.*) Los caminos son fríos en esta época del año. Retrasé mi salida y me cogió el invierno.

CAROLO.— ¿Qué dices? Hace unos días que comenzó octubre.

TOLOSA.— No son estas hojas de otoño.

DINAZARDA.— Estamos en abril. A día quince. Llevo la cuenta porque el tiempo de que dispongo es limitado.

CAROLO.— No es fácil llegar a Santiago en poco tiempo.

GUILLEM.— Nos sobrar .

CAROLO.—  Es all  adonde vais?

(DINAZARDA previene con un gesto a GUILLEM y éste comprende que CAROLO intenta sonsacarle. Los demás atienden en silencio.)

GUILLEM.— T  lo has dicho, no yo.

(TOLOSA coge la calabaza de FRANCISCO, no se sabe si por sed o para aliviar tensiones.)

TOLOSA.— Dame la calabaza. Si es el fin del mundo, que lo sea también para el vino.

ALEGRET.— Colaborar quiero con el Señor en su justo Apocalipsis.

(Beben ambos y TOLOSA comienza el carmina burana «In taberna», del que se ofrece aquí una traducción libre. ALEGRET saca de su joroba, como si fuera una caja de sorpresas sin fondo, el cimbalillo, una flauta y un tambor, que pasa a los demás mientras él se construye con la carcasa un instrumento desplegable. GUILLEM toca su viola. Todos, menos FRANCISCO, ríen las trovas.)

TOLOSA.— Cuando en la taberna estamos
que somos polvo olvidamos
y el mejor gozo buscamos
que no otra cosa deseamos
Es en la alegre taberna
donde el oro manda y reina
y todo cuanto all  ocurre
divierte y jams aburre.
Se bebe y se juega a dados
 todos son desvergonzados!
Hay quien pens  que jugando

iría la bolsa llenando
 ahora está el bobo pagando
 pobre, desnudo y llorando.
 Todos olvidan la muerte
 si el dios Baco está presente.
 Siempre se encuentra un caso
 para tener lleno el vaso:
 se brinda por los cautivos

(Los demás intervienen retados en buscar rimas.)

ALEGRET.– Por los presentes vivos.

TOLOSA.– Otra más por los cristianos.

DINAZARDA.– La cuarta por ser hermanos.

GUILLEM.– Por la mujer desolada.

TOLOSA.– De su marido olvidada.

CAROLO.– Séptima por los cruzados.

TOLOSA.– Por los legos descarriados.

GUILLEM.– La novena al penitente.

ALEGRET.– Por quien sufre, la siguiente. *(Se señala a sí mismo y pide vino.)*

TOLOSA.– Y un motivo muy frecuente:
 Cuando un peregrino miente.

(Lo ha dicho mirando a FRANCISCO. Todos ríen.)

Y por el Papa o el Rey
 Todos «maman» ya sin ley.

(El ritmo crece ahora. Sólo ALEGRET recoge el reto.)

Mama el que manda, mama la dueña.

ALEGRET.– Mama el bobo, mama el que sueña,

TOLOSA.– Mama el soso, mama el buldero,

ALEGRET.– Mama el manso, mama el trovero,

TOLOSA.– Mama el noble, mama el villano,

ALEGRET.– Mama el padre, mama el hermano,

TOLOSA.— Mama el feo, mama la bella.

(ALEGRET *no encuentra la trova.*)

Mámalas tú (*Por ALEGRET.*) y no mama ella (*por DINAZARDA.*)

Mama el que ama, mama el que llora,

ALEGRET.— Mama el que peca, mama el que ora,

TOLOSA.— Mama el loco, mama el sano,

ALEGRET.— Mama el siervo, mama el amo,

TOLOSA.— Mama el cojo, mama el manco,

ALEGRET.— Mama el negro, mama el blanco,

TOLOSA.— Mama el laico, mama el clero,

ALEGRET.— Maman todos, yo el primero.

TOLOSA.— Duran poco las monedas

Cuando en la taberna quedas

¿Pero has bebido contento?

¡Volverás pronto, presiento!

Esta vida a muchos harta

Pero yo no digo basta,

Pues mi vida es sólo mía

Según mi filosofía.

(*Ríen y aplauden. ALEGRET vuelca la calabaza para evidenciar que ya no hay vino.*)

FRANCISCO.— (*Despreciativo.*) Canciones de vicio y vagabundaje. Dios te pedirá cuentas por emplear tus conocimientos para cantar al juego, al vino y al amor profano.

TOLOSA.— Y al orden que se me impone, y a cualquiera que me nuble el sol.

GUILLEM.— (*A FRANCISCO.*) Desarruga el ceño. Un peregrino no tiene por qué ser un asceta.

FRANCISCO.— Depende de sus pecados. Para algunos no basta con desollarse los pies.

(*Enseña los suyos llagados.*)

ALEGRET.— ¡Por Dios! Si no basta con eso, date cabezadas contra las piedras.

CAROLO.— Un remedio sé para endurecer los pies; sebo de vela, aguardiente y aceite de oliva fundidos juntos.

ALEGRET.— Si te pones eso, te chuparé los pies.

FRANCISCO.— No tienes bastante con lo que has comido... y guardado.

ALEGRET.— Los huesos del capón. Para hacerme un caramillo.

(Vuelve a sacar todo de su joroba hasta encontrar los huesos, que están, efectivamente, mondos. FRANCISCO, mientras, se ha ido enfervorizando.)

FRANCISCO.— Rodeado por la muerte y piensas sólo en canciones. Arrepiéntete de tus mentiras. La condenación eterna es tu barragana, rodea tu cuerpo y te ensucia con su babeante lujuria...

ALEGRET.— *(A los demás.)* Ya le ha vuelto a dar.

(Efectivamente, el peregrino está fuera de sí.)

FRANCISCO.— La vida es vigilia, ayuno, lágrimas, penitencia y otras mil pesadumbres.

ALEGRET.— Si eso es la vida, ¿qué dejas para el infierno?

FRANCISCO.— ¡Arrepiéntete!

ALEGRET.— ¿Quién piensa ahora en la muerte?

FRANCISCO.— Tu nariz. Hasta aquí llega el olor de cuerpos apestados que mueren en las calles sin que nadie quiera enterrarlos. Se los quema allí donde caen muertos y a algunos antes de expirar, pero sus carnes putrefactas apenas si sienten el fuego. Algunas casas en las que apareció el contagio fueron tapiadas con sus ocupantes dentro, quedando tanto los sanos como los enfermos encerrados en una tumba común. *(El discurso emociona a los oyentes, pero alguno de los gritos del peregrino, por exagerados, les provoca sentimientos contradictorios.)* ¡Arrepentíos! *(ALEGRET parece alucinado también.)* Ese olor es el pestilente emisario que anuncia el fin de los días. ¡Arrepentíos!

ALEGRET.— *(Santiguándose.)* ¡Penitencia y salvación!

FRANCISCO.— El trigo maduro sin segar, el ganado desatendido. Las gentes se vuelven ociosas. Si la peste no es bastante, lo será el hambre. ¡Arrepentíos! Son los jinetes de que habla el sueño de Juan. Ha llegado la ira de Dios. ¡Arrepentíos!

(ALEGRET *se incorpora gritando.*)

ALEGRET.— ¡Penitencia y salvación!

(*Después de unos pasos vacilantes hace mutis tras las ramas. Lo que hará oculto es colocarse los zancos que allí guardó y aparecer, gigantesco, atemorizando al exaltado peregrino, como ya hizo al comienzo de la obra.*)

FRANCISCO.— Lloverá sangre y fuego, los animales serán desdomados, los mares se habrán de secar...

(*En ese momento, TOLOSA recita también la arenga del peregrino.*)

LOS DOS.— ... caerán las estrellas, se abrirán pozos que devorarán a los impíos... (FRANCISCO *se detiene sorprendido de que el goliardo sepa palabra por palabra su discurso. Tras una duda, sigue.*)

FRANCISCO.— La Bestia de diez cuernos y siete cabezas con nombres impuros...

TOLOSA.— (*Rectificándole.*) ... ¡Blasfemos!

FRANCISCO.— El pueblo no entiende esas palabras.

TOLOSA.— Impuros, entonces.

FRANCISCO.— La Bestia de diez cuernos y siete cabezas con nombres impuros...

(*Otra vez TOLOSA recita a coro.*)

LOS DOS.— ... ha sido liberada. Sus pies de oro...

(FRANCISCO *se para* y TOLOSA *sigue.*)

TOLOSA.— ... y su boca de león arrasará esta tierra de fornicarios

LOS DOS.— ... e idólatras.

FRANCISCO.— ¿Cómo podéis saber lo que voy a decir?

TOLOSA.— ¿No lo aprendisteis en un libro? También yo puedo haberlo leído.

FRANCISCO.— No es de libro alguno. Fue la inspiración de la Cruzada.

TOLOSA.— Entonces es que ambos tuvimos la misma inspiración.

FRANCISCO.— (*Sigue con cierta duda.*) ¡Arrepentíos pues cuando el Cordero abra el séptimo sello (TOLOSA *va recitando para sí, como tomando la lección.*) se hará un silencio como de media hora (*Pausa. Y es precisamente en ella cuando surge ALEGRET con grandes harapos y ramas alrededor de su cuerpo, formando un guiñapo aterrador. TOLOSA, advertido, remarca la aparición con el acorde de algún instrumento.*)

ALEGRET.— (*Ahuecando la voz.*) ¡Condenación eterna para los peregrinos borrachos!

FRANCISCO.— (*Aterrado.*) ¡Oh, espanto! ¡La bestia apocalíptica! (*Arrodi-llándose.*) ¡Pobre de mí, pecador, que me veo morir sin confesión!

ALEGRET.— Tus pecados se curan durmiéndola, pellejo.

(*Todos ríen el engaño. FRANCISCO se incorpora.*)

FRANCISCO.— ¡Dar a los histriones es sacrificar al demonio! ¡Trasechador, zaharrón, loco fingido!

ALEGRET.— Fingir para comer y desde la humillación burlarme.

FRANCISCO.— Convivir con juglares es hacerse cómplice de sus vicios. ¡Cazurro, bufón, blasfemo! Es necesaria la penitencia para aliviar el alma. (*Coge una rama del suelo para azotarse.*) Yo me flagelo por mí y por ti, por todos.

ALEGRET.— Si es por mí, date bastante.

FRANCISCO.— Tu salvación está en mi penitencia.

TOLOSA.— ¿Cuántos latigazos vas a darte?

FRANCISCO.— ¿Cuántos crees que debo darme?

TOLOSA.— (*Lo piensa.*) ¿Cuántos años tienes?

FRANCISCO.— ¡Demasiados! Serán bastantes tres latigazos; tres, como la Trinidad.

TOLOSA.— ¿Y por qué no siete, como los días de la creación?

FRANCISCO.— Si acaso seis, que el séptimo descansó.

ALEGRET.— Mejor doce, como los apóstoles.

FRANCISCO.— Once, que uno fue el traidor.

CAROLO.— (*Irónico.*) Sé generoso con tu salvación.

GUILLEM.— Entonces treinta latigazos, como los días del mes.

ALEGRET.— Elegiré febrero.

TOLOSA.— 365, como los días del año, y no se hable más.

FRANCISCO.— Ya no hay días en el año, que el mundo se acaba mañana.

Mejor un solo latigazo bien fuerte que los resuma todos. *(Se lo da.)*

¡Ya está!

CAROLO.— Compras barato el cielo.

TOLOSA.— Que esto te sirva de lección..., «peregrino».

FRANCISCO.— ¿Dudas que lo sea?

TOLOSA.— Por fuera lo eres; ¿también por dentro?

(Va al hatillo de FRANCISCO, pero éste le detiene. Hay un cambio de actitud. Ya no se acepta la broma, ni se sigue el fingimiento.)

FRANCISCO.— ¡No toques mi alforja!

ALEGRET.— Si la calabaza tenía vino y no agua, ¿qué tendrá la alforja?

FRANCISCO.— Lo que tu falsa joroba, falso peregrino de apariciones falsas.

(FRANCISCO da una patada a los zancos y hace caer a ALEGRET, que no se lastima por la ayuda de CAROLO y TOLOSA.)

TOLOSA.— No eres el más indicado para acusar de falsas verdades.

FRANCISCO.— Me protejo de la justicia.

CAROLO.— ¿Ocultando tu personalidad?

FRANCISCO.— Descubriendo asesinos.

(FRANCISCO mira a ALEGRET. DINAZARDA y GUILLEM se incorporan.)

ALEGRET.— Me miráis como si yo lo fuera.

FRANCISCO.— ¿No eres juglar?

ALEGRET.— No es delito.

CAROLO.— No lo es, cierto.

FRANCISCO.— Un juglar loco mató al Conde de Liaño. Y más de uno de vosotros lo sabe; si no, ¿por qué aquel silencio cuando os di la noticia?

TOLOSA.— La sorpresa.

FRANCISCO.— ¿Y tú no eres un goliardo?

TOLOSA.— No lo negué nunca.

FRANCISCO.— Ni hubieras podido. Tu sombrero ocultando la tonsura es bastante.

(Le arrebató el sombrero. TOLOSA lleva rapada la cabeza para borrar su tonsura).

TOLOSA.— Las ideas están más abajo. Un sombrero no las oculta.

FRANCISCO.— Por eso no basta con quemar el sombrero.

GUILLEM.— Si el conde viviera, aplaudiría esa frase.

(DINAZARDA reconviene con un gesto a GUILLEM. FRANCISCO parece no haber oído al trovador.)

FRANCISCO.— Los goliardos son como los juglares, locos fingidos que cantan, caminan y divierten.

TOLOSA.— He cantado, estoy de camino y me divierto. No hay falsedad.

FRANCISCO.— Dijiste que eres peregrino.

TOLOSA.— ¿Y quién no lo es? Todos vamos por el camino de nuestra perdición.

FRANCISCO.— Algunos la encuentran antes. Los heréticos se sirven de los caminos de peregrinación para expandirse, ocultarse y propagar su herejía.

TOLOSA.— También la Iglesia usa los caminos. En cada recodo posada, fonda y rezo.

FRANCISCO.— La Iglesia expande la palabra de Dios. Tus versos los inspira el Diablo.

TOLOSA.— No creí que fueran tan famosos.

FRANCISCO.— ¿No eras tú el clérigo que estaba al servicio del Conde de Liaño?

TOLOSA.— Yo no sirvo a nadie. Si alguien ha de ser mi señor, tendrá que saber latín mejor que yo y beber más y no fornicar menos.

FRANCISCO.— ¡Depravado!

TOLOSA.— *(Rectificándole.)* ¡Goliardo!

FRANCISCO.— Goliardo o juglar todo es uno: vagabundos y holgazanes, cuando no heréticos, ladrones y asesinos. Alguno de vosotros (*Por TOLOSA y ALEGRET.*) mató al Conde.

TOLOSA.— Catorce puñaladas es demasiado honor para quien merecía una muerte más infame.

FRANCISCO.— La tuvo.

TOLOSA.— ¿Cómo lo sabéis?

FRANCISCO.— Lo saben todos.

TOLOSA.— ¿Que le cortaron la cabeza también lo saben todos?

FRANCISCO.— Si lo sabes tú, es como reconocer...

TOLOSA.— ¡No reconozco nada, y menos a ti!

FRANCISCO.— (*Buscando complicidades entre los otros.*) A mí o a cualquiera por estar con vosotros dos pueda ser acusado de cómplice o encubridor. (*A CAROLO.*) ¿No opinas como yo?

(*Pausa.*)

CAROLO.— Así es. (*Hay una cierta sorpresa por la aceptación de CAROLO. FRANCISCO ríe triunfal.*) Opino, ciertamente, que todos hemos mentido..., y el que más, tú.

FRANCISCO.— ¿Yo? ¿Qué dices?

CAROLO.— Que aquí nadie dijo la verdad. Todos ocultamos lo que somos.

(*Mira a DINAZARDA y GUILLEM.*) ¿O no?

GUILLEM.— Nadie nos preguntó.

FRANCISCO.— Yo sí. Dijisteis que erais peregrinos. Y no contestes con evasivas como ese goliardo.

GUILLEM.— ¿Tengo obligación de contestar?

FRANCISCO.— ¡Sí!

GUILLEM.— ¿Me obligarás tú?

(*Hay una actitud retadora en GUILLEM que atemoriza a FRANCISCO.*)

FRANCISCO.— ¿Yo?

GUILLEM.— Sí, tú.

FRANCISCO.— ¡Yo... y todos!

ALEGRET.— Cuentas mal.

FRANCISCO.— No pensaba en ti ni en el goliardo. *(Se acerca a CAROLO, pero éste se aparta.)*

CAROLO.— Estás solo. *(FRANCISCO se siente acorralado. Temiendo que GUILLEM le ataque, coge rápidamente su bastón e intenta agredirle.)*

DINAZARDA.— ¡Cuidado, Guillem!

(GUILLEM esquiva el primer golpe. ALEGRET le tira uno de sus zancos.)

ALEGRET.— Májale la carne, que me haré con sus huesos silbatos.

(La pelea es rápida. FRANCISCO ataca bruscamente, sin arte. GUILLEM esquiva todos los golpes con gran habilidad, sin esfuerzo. Cuando ya FRANCISCO está agotado, su oponente se limita a darle tres golpes precisos: uno para desarmarle, el segundo en el estómago y el tercero, cuando se dobla, en la espalda haciéndole caer. Luego dirige su punta a la frente en amenaza definitiva.)

DINAZARDA.— ¡No, Guillem!

ALEGRET.— ¡Excávale un tercer ojo!

TOLOSA.— *(A ALEGRET.)* ¡Calla!

FRANCISCO.— ¡No me mates! *(GUILLEM arroja el zanco a ALEGRET y vuelve junto a DINAZARDA. Todos se miran. Nadie habla. Forman un círculo y se sientan dejando a FRANCISCO en el centro. Es una pausa larga, tensa.)* ¿Qué miráis?

TOLOSA.— No miramos. Esperamos.

FRANCISCO.— Ahora comprendo. Sois ladrones de caminos. Queréis robarme.

(FRANCISCO va al tronco florido que ALEGRET no pudo desclavar del suelo e intenta inútilmente sacarlo para defenderse.)

CAROLO.— No podrás desenterrarlo.

(ALEGRET lanza el zanco a GUILLEM, que lo recoge al vuelo. CAROLO ha cogido el otro zanco y se lo pasa a TOLOSA, quien a su vez ha enviado el bastón de peregrino a ALEGRET. Ha sido una coreografía inesperada que les ha sorprendido incluso a ellos mismos. Y otra vez a un tiempo vuelven a pasarse por el aire los bastones, riendo. DINAZARDA participa con uno de los troncos retirados al principio de la comida por ALEGRET. FRANCISCO lo cree una broma y ríe también. De improviso se detiene el intercambio y al unísono todos golpean el suelo y cesan las risas. FRANCISCO frena también la suya.)

TOLOSA.— Ignorante.

(Todos dan un golpe en el suelo.)

ALEGRET.— Violento.

(Igual.)

GUILLEM.— Mezquino.

(Igual.)

DINAZARDA.— Egoísta.

(Se da un cuarto golpe.)

CAROLO.— Insolidario.

(El último, y parece el más rotundo.)

TOLOSA.— Todo lo que era el Conde de Liaño lo eres tú.

ALEGRET.— Que se le despelleje primero, luego castradle, rompedle los huesos a continuación y arrancadle los ojos antes de quemarlo vivo. Después dejadlo libre, que vea que no somos vengativos.

FRANCISCO.— ¿Qué queréis de mí?

TOLOSA.— La vida.

FRANCISCO.— ¡Asesinos! ¡Ayuda! (*El eco repite la última palabra. Dándose cuenta:*) Antes no había eco.

TOLOSA.— Lo hay ahora para que comprendas la soledad en que te encuentras.

FRANCISCO.— Alguien me oirá.

TOLOSA.— Nadie.

FRANCISCO.— Alguien pasará.

ALEGRET.— Nadie.

FRANCISCO.— ¡Es el Camino de Santiago!

GUILLEM.— Nadie lo recorre ya.

FRANCISCO.— Ahora que lo dices, no hay rumores, ni pájaros... ni... ¡Ayuda!

(*Esta vez no hay eco.*)

CAROLO.— Ni rumores, ni pájaros..., ni eco.

TOLOSA.— «Señor Conde de Liaño», os dieron 14 puñaladas. ¿Cuál de ellas fue la certera?

FRANCISCO.— ¿Eh? No soy el Conde.

CAROLO.— Podrías serlo.

TOLOSA.— ¿Por cuál herida se os fue el último aliento?

FRANCISCO.— Ya os he dicho que no soy... (*Todos golpean el suelo una vez más. Atemorizado.*) ¡Por la cuarta!... No, por la quinta, por la quinta herida. Me mató el quinto puñal.

GUILLEM.— ¿Todas las heridas fueron en el pecho?

FRANCISCO.— Sí, sí.

CAROLO.— ¿Seguro?

FRANCISCO.— Pues no sé...

DINAZARDA.— ¿Ninguna por la espalda?

FRANCISCO.— No, ninguna.

TOLOSA.— Luego viste a tus asesinos.

FRANCISCO.— ¿Eh?

GUILLEM.— ¿Los viste?

FRANCISCO.— No, no..., yo, (*Golpean de nuevo.*) sí, sí. Los vi. Juro que los vi.

ALEGRET.— ¿Eran todos juglares?

FRANCISCO.— ¡Nooo! No había ningún juglar, ninguno. Estoy seguro. Ni tampoco ningún goliardo..., ni ningún... (*Mira a los otros sin saber qué decir.*), ningún...

TOLOSA.— Yo te hice la primera herida, la del pecho.

DINAZARDA.— La segunda fue la mía: en el cuello.

GUILLEM.— En el vientre te la hice yo.

CAROLO.— Yo busqué tu corazón.

ALEGRET.— Yo soy bajito: me quedé donde se peca.

FRANCISCO.— (*Tras una pausa, sin comprender, aturdido.*) ¡Ah...! ¿Y las nueve puñaladas restantes?

ALEGRET.— Un seguro.

FRANCISCO.— ¿Y no estáis arrepentidos?

GUILLEM.— No.

DINAZARDA.— Un poco.

CAROLO.— Quizá.

TOLOSA.— Lo volvería a hacer.

ALEGRET.— También yo, pero esta vez serían veinte heridas.

FRANCISCO.— (*A DINAZARDA.*) ¿Has dicho «un poco»?

DINAZARDA.— Sí.

FRANCISCO.— Luego reconocéis «un poco» que fue un acto vil, un asesinato.

DINAZARDA.— Sí.

FRANCISCO.— (*Adquiriendo fuerza.*) ¡Un acto nefando contra el quinto mandamiento!

DINAZARDA.— No.

FRANCISCO.— ¿No?

DINAZARDA.— La ley de vuestro Dios no es la mía.

FRANCISCO.— Luego eres mahometana.

DINAZARDA.— Sí.

FRANCISCO.— Ahora comprendo por qué no quisiste beber vino.

DINAZARDA.— Me lo prohíbe mi ley, como a ti la tuya comer carne los viernes. ¿Impide eso compartir la mesa?

FRANCISCO.— ¡Estamos en guerra contra la morisma!

DINAZARDA.— Hay treguas y algunas son tan largas que en la paz han nacido nuevas generaciones de moros y cristianos que se casan entre sí.

FRANCISCO.— ¡Pervierten la sangre!

TOLOSA.— No presumas tú de tenerla limpia. Sólo los conejos que poblaban estas tierras originalmente pueden llevar en ese aspecto el hocico muy alto.

FRANCISCO.— (A TOLOSA.) Si la defiendes (*Por* DINAZARDA.) estás en el camino del infierno.

TOLOSA.— ¡Buena Universidad es ésa! Aristóteles, Epicuro, Averroes, Maimónides..., y ni un santo para estorbar.

FRANCISCO.— ¡Has perdido tu alma!

TOLOSA.— Por eso me ocupo del cuerpo.

FRANCISCO.— No eres peor que los moros y los judíos.

DINAZARDA.— No opina así vuestro Rey Alfonso, que ha reunido en Toledo sabios de todas las ciencias sin preguntar qué Dios se las inspiró.

TOLOSA.— Todo lo contrario que vos, «Conde Liaño», que habéis llamado a los predicadores más violentos para organizar una nueva cruzada.

ALEGRET.— Esa cruzada matará más que la peste.

GUILLEM.— Y no menos cruelmente.

FRANCISCO.— ¿Cruelmente? ¿Acaso Nuestro Señor Jesucristo no tuvo su calvario? ¿Y cuál ha sido nuestra correspondencia a su martirio? Primeramente dejamos en manos del infiel el Santo Sepulcro, luego fuimos incapaces de evitar que nuestra tierra fuera invadida por los hijos de Alá y ahora permitimos que un ejército de herejes, sacrílegos y blasfemos esparza el error y la condenación.

(TOLOSA, *en voz baja pronuncia las mismas palabras que FRANCISCO, aunque éste prefiere fingir que no las oye.*)

LOS DOS.— ¿Es ése el agradecimiento a la redención de la Humanidad?

FRANCISCO.— (*Ya solo.*) Al norte religiones paganas sin extirpar, al sur la invasión oriental: ambas, avanzando hacia el centro, ahogan a Cristo.

DINAZARDA.— No es imposible que todas coexistan.

FRANCISCO.— ¡Jamás!

GUILLEM.— Epidemia hay, pero de intolerancia.

DINAZARDA.— Llevamos más de trescientos años en estas tierras. Son tan nuestras como vuestras.

FRANCISCO.— ¡No somos iguales!

DINAZARDA.— Mejor: intercambiamos culturas para enriquecerlas.

FRANCISCO.— Dios y el Diablo nunca comieron juntos.

DINAZARDA.— Repartes los personajes con cierta tendenciosidad.

FRANCISCO.— Yo no reparto. Dios otorga.

DINAZARDA.— ¿Qué Dios?

FRANCISCO.— ¡El verdadero!

DINAZARDA.— Quizá sólo hay uno.

FRANCISCO.— Que no es el tuyo.

DINAZARDA.— ¡Cuanta vocación para el rechazo!

FRANCISCO.— Los árabes son un pueblo bárbaro, diferente de todos los pueblos por sus costumbres y por su raza, lleno de maldad, negro de color, feo de cara, libertino, perverso, pérfido, desleal, corrompido, sensual, experto en toda clase de violencias, feroz y salvaje, deshonesto y falso, impío y rudo, cruel y querellante, cerrado a todo buen sentimiento, dispuesto a todos los vicios e iniquidades...

ALEGRET.— Se te va a pudrir la boca.

TOLOSA.— No te he entendido bien. ¿Quieres decir que no te son simpáticos los moros?

GUILLEM.— Hay moros y judíos conversos.

FRANCISCO.— Matadlos a todos, que Dios reconocerá a los suyos.

DINAZARDA.— La tuya es una religión de muerte.

(FRANCISCO *se abalanza sobre* DINAZARDA.)

FRANCISCO.— ¡Herodías, Salomé, Agripina!

ALEGRET.— Historia sí sabe.

(*Los demás detienen a* FRANCISCO. CAROLO *da un puñal a* DINAZARDA.)

CAROLO.— Te ofendió. Tuyo es.

GUILLEM.— Haz con él lo que quieras.

ALEGRET.— ¡Lástima que no sea mío!

TOLOSA.— (*A* ALEGRET.) Todavía es pronto. Está amaneciendo.

(*En realidad, atardece. Sólo* ALEGRET *acusa el equívoco*).

DINAZARDA.— (A FRANCISCO.) ¿Quieres salvarte?

FRANCISCO.— Sí, sí, piedad.

DINAZARDA.— Bien, ganarás la vida si me cuentas alguna historia.

FRANCISCO.— (*Confundido.*) Ninguna sé.

DINAZARDA.— La habrás oído en los caminos.

FRANCISCO.— También tú.

DINAZARDA.— Sí, pero no son bastantes las que sé y necesito con urgencia más.

FRANCISCO.— No sé contar historias.

CAROLO.— Te ayudaremos.

DINAZARDA.— Soltadle. (*Le sueltan.*) Y ahora, cuenta.

FRANCISCO.— No soy trovador, mi oficio no es la rima.

(*Todos dan un golpe con los bastones exigiendo.*)

CAROLO.— Una historia.

GUILLEM.— Una bella historia.

TOLOSA.— Una emocionante historia.

ALEGRET.— Una historia divertida.

FRANCISCO.— Una historia bella, emocionante y divertida.

DINAZARDA.— ¡Cuéntala!

FRANCISCO.— Ya pienso.

TOLOSA.— Debes sentir.

ALEGRET.— Lo suyo es el llanto: nos hará llorar con sus lamentos.

FRANCISCO.— Pues ahora que lo dices, aunque sea por burla, hay algo de eso en la única historia que conozco.

ALEGRET.— Ya lo dije: fúnebre y cuaresmático. Le pondré alivio con la música.

(*ALEGRET puntea las frases de FRANCISCO cuando quiere burlarse de él.*)

DINAZARDA.— Cualquier historia vale, si es buena.

FRANCISCO.— La mía es ejemplar.

ALEGRET.— Encima querrá enseñarnos reglas.

TOLOSA.— Silencio, Alegret.

ALEGRET.— ¿Cómo sabes mi nombre?

TOLOSA.— (*Tras una pausa.*) Lo deduje de tu risa. (*Cambiando el tono.*)
Cuenta ya, peregrino.

FRANCISCO.— Me llamo Francisco. Os contaré la historia de un réprobo cuya maldad extrema tuvo como castigo el errar por el mundo hasta la consumación de los días.

GUILLEM.— Este año obtendrá la absolución: es el del Apocalipsis.

TOLOSA.— La tendrá él y los que como él tuvieron castigos similares: Caín, Samiri el escultor del becerro de oro y hasta Ulises.

DINAZARDA.— Tu historia la conozco en otras lenguas. No me sirve, Francisco.

FRANCISCO.— ¡Pero es que es la mía! Ese condenado soy yo.

(Hay un general escepticismo. ALEGRET puntea su cimbalillo.)

FRANCISCO.— ¿No me creéis?

CAROLO.— ¿Por qué hacerlo ahora cuando tu mentira es mayor que las de antes?

FRANCISCO.— ¡Oh Dios mío! Tu castigo no es sólo el destierro, sino el verme zaherido por incrédulos.

GUILLEM.— Danos una prueba y te creeremos.

FRANCISCO.— La prueba soy yo.

ALEGRET.— Eso no es una prueba, sino una visión horrible.

DINAZARDA.— ¿Eres o no peregrino?

FRANCISCO.— Desde hace doscientos años. (*Miradas de complicidad y rasgueo burlón.*) No le debo mi edad al Río de la Vida, que jamás encontré. Castigado he sido por Dios, y con razón, a errar.

ALEGRET.— Pues si lleva 200 años de caminero y piensa contárnoslos todos, prefiero la peste y el Apocalipsis.

TOLOSA.— ¡Déjale contar!

FRANCISCO.— Sabéis que la devota costumbre impone al peregrino que cargue con una piedra caliza para los hornos de Castañeda, donde se fabrican los sillares de la gran basílica compostelana.

GUILLEM.— Hace tiempo que fue construida.

FRANCISCO.— Yo no hablo de ahora.

DINAZARDA.— Sigue.

FRANCISCO.— Pues bien, esa piadosa idea no hubiera sido mala si a alguien no se le hubiera ocurrido mejorarla con otra que consistía en que cada peregrino cargara una piedra según el tamaño de sus pecados.

ALEGRET.— ¡La basílica entera hubiera tenido que llevar yo!

FRANCISCO.— Mi pecado fue no querer llevar ni un miserable guijarro. «Cerca de Santiago cogere un canto», me dije. «¿Quién notará que no lo cargué desde mi ciudad?»

CAROLO.— ¿Y lo notó alguien?

FRANCISCO.— El Señor de Santiago debió de saberlo, pues me confundió para que no encontrara el camino. Me guié inútilmente por el sol, por el cauce de los ríos, por la hierba y el musgo de los árboles. Tampoco las estrellas me dieron norte.

TOLOSA.— (*Mirando el cielo.*) Claras están. (*Se ve la Vía Láctea.*)

FRANCISCO.— No si las miro yo. (*FRANCISCO levanta la vista y el cielo se cubre de luces que ocultan la guía estelar de Santiago.*) ¿Lo veis? (*Al mirar a sus compañeros, el cielo vuelve a su inicio.*)

TOLOSA.— ¿Qué hemos de ver?

FRANCISCO.— Que no vemos lo mismo.

CAROLO.— ¿No pediste perdón al Santo?

FRANCISCO.— Cargué piedras que nadie hubiera podido soportar sobre sus hombros. Hice penitencias que ni en el infierno tendrán los peores réprobos. Pero nunca he logrado hallar el camino.

GUILLEM.— Preguntando, a Roma. A Santiago con más razón.

FRANCISCO.— He preguntado, he estado en Triacastella lavándome para entrar limpio en la ciudad, he oído las campanas y los rezos, pero puesto en camino volvía a perderme. Yo, que podía indicar el camino más corto para llegar antes, no era capaz de recorrerlo sin confundirlo con las veredas. Mi final siempre era esta encrucijada. ¿No es bastante castigo? ¿Qué quiere el santo de mí?

DINAZARDA.— ¿Es ésa toda la historia?

FRANCISCO.— Sí.

DINAZARDA.— ¡Pero no está acabada!

FRANCISCO.— Ésa es mi angustia. Quisiera acabar, morir si no puedo besar a mi Señor, a mi justo, pero un tantico severo Señor.

TOLOSA.— Y el Conde de Liaño, ¿qué juega en esta inacabada historia?

FRANCISCO.— Juega él y tantos otros que en mi obligada vida he conocido.
Pensé que si servía a Dios con más fe, con más ahínco, que si lograba convertir infieles...

DINAZARDA.— ... o matarlos.

FRANCISCO.— (*Sin darse por aludido*) hacer santos...

ALEGRET.— ... a golpes.

FRANCISCO.— (*Igual*) rescatar tierras de manos de la herejía.

GUILLEM.— ... quemándola.

FRANCISCO.— (*Igual*) quizá por ellos me salvaría yo.

CAROLO.— (*Irónico.*) Un cambio generoso.

FRANCISCO.— Y fue entonces cuando oí una voz. (*Se oyen campanas.*)

DINAZARDA.— ¿Qué es esa campana?

TOLOSA.— Un espejismo para el oído.

GUILLEM.— (*A DINAZARDA.*) Los días de nieve, oscuridad o tormenta, los monjes caritativos hacen sonar una campana a lo largo del camino de Santiago para alertar a los que se desvían.

TOLOSA.— No hay tormenta, no hay nieve, la noche es clara.

DINAZARDA.— Serán las campanas de Santiago.

CAROLO.— Las robó Almanzor y están en la mezquita cordobesa.

GUILLEM.— Pues ¿quién llama?

(*Se callan todos.*)

FRANCISCO.— Lo sabéis muy bien. Es..., es...

TOLOSA.— Es el Conde.

ALEGRET.— El Conde de Liaño.

(*CAROLO se yergue y adopta el papel del CONDE.*)

CAROLO.— «¡Más fuerte ese tañer! ¡Más fuerte! Es el sonido de la cristiandad!»

FRANCISCO.— ¡Cierto! ¿Cómo sabes...? ¡Esas palabras son...!

TOLOSA.— (*Rectificando.*) «Fueron.»

FRANCISCO.— Fueron las palabras del Conde de Liaño llamando a los pobres soldados de Cristo.

CAROLO.— Ya te dije que ayudaríamos a que ella conociera tu historia. (*Por DINAZARDA.*) ¿Recuerdas también esta frase? «Somos la ira de Dios.»

FRANCISCO.— «Somos el poder renacido de Cristo.»

CAROLO.— (*Cada vez más fuerte.*) «¡Somos la energía del Espíritu!»

FRANCISCO.— ¡Sí, sí! «¡Somos la fuerza del Gran Rey!»

CAROLO.— «¡Somos la tormenta de los justos!»

FRANCISCO.— (*Enfrecido por la provocación de CAROLO.*) «Las campanas de mi Templo ensordecen a los impíos, a los sacrílegos...»

CAROLO.— ¡Tañed!

FRANCISCO.— ¡A los perjuros, a los réprobos!

CAROLO.— ¡Tañed!

FRANCISCO.— ¡Tañed, tañed!

(Las campanas suenan más fuertes. Otra más pequeña parece su eco. Todo el espacio escénico se llena de un tañer mágico. Los personajes, inmóviles, se miran sin sorpresa o miedo, como si los prodigios fueran materializaciones de sus recuerdos. El decorado cambia a vistas. La arboleda de la encrucijada asciende y forma la copa de los árboles cuyos troncos traen, convencionalmente, un grupo de penitentes. La vara florida queda oculta al público por los troncos.

Estamos en el patio de armas del castillo del Conde de Liaño. Al fondo hay una gran campana, sujeta por un armazón de palos, que suena a iglesia y desentona en el ambiente guerrero. Una vez más la estética parece mágica por lo extraña.

De los seis personajes iniciales, sólo FRANCISCO permanece en escena. Parece recién llegado al castillo, atraído por el sonar de las campanas.

Subido en un podio, el Conde observa la febril actividad del patio, sin dejar de gritar sus consignas.

Un coro de peregrinos/penitentes realiza una procesión con algo de fingido ascetismo que parece molestar a FRANCISCO.)

LIAÑO.— ¡Más fuerte! ¡Ese tañer más fuerte! ¡Es el sonido de la cristiandad!

(Las campanas van cesando.)

FRANCISCO.— (*Interrumpiendo la procesión.*) ¡Oh, basta! Pero ¿qué insustancial mortificación es ésta? (*Algunos penitentes miran al Conde. Éste asiente y ellos permiten que FRANCISCO siga.*) Debemos sacar al exterior la lepra de nuestra alma con sus espantables deformidades. Debemos producir el horror y la repulsión de la tumba. Si son cinco los sentidos, que no sean menos. Fustigad la vista con llagas. Ni un manto sin jirones. Harapos, colgajos, remiendos. *In die Judicii, libera nos, Domine* (*Les rasga el vestido. Algunas tiras del mismo servirán como látigo. También los bordones de las sayas. Algunos PENITENTES responden.*)

PENITENTES.— *¡Libera nos, Domine!*

FRANCISCO.— Cruces sobre los hombros, espinas en la cabeza, y en las espaldas el látigo purificador. *Per Crucem et Passionem tuam, libera nos, Domine.*

PENITENTES.— *¡Libera nos, Domine!*

(FRANCISCO flagela a un penitente y éste lo hace a su vez con el que está delante, produciendo una corriente de espasmos y lamentos. Algunos han ido por cruces y coronas.)

FRANCISCO.— Los huesos ejemplifican. (*Separa a un penitente obeso que hace mutis y ayudará en el trasiego del transporte.*) Pálida piel, profundas las ojeras, la sangre salpicando. Debemos ser la imitación del cuerpo lacerado de Cristo. *Parce nobis, Domine.*

PENITENTES.— *Libera nos, Domine* (*Los PENITENTES recogen polvo del suelo y se embadurnan la cara. Se intensifican los golpes.*)

FRANCISCO.— ¡Antorchas para la noche! Santa Compañía y Almas del Purgatorio en sociedad. El infierno puesto en camino. La agonía de la vida. *Ab insidiis diaboli, libera nos, Domine.*

PENITENTES.— (*Ya en clamor.*) *¡Libera nos, Domine!*

(Varios PENITENTES abandonan la procesión para ir a buscar antorchas y entran los que traen las cruces y las coronas. Sensación de gran despliegue.)

FRANCISCO.— Arrastrad los pies, que el polvo penetre en las bocas en recuerdo del Gólgota. «Dolor, si gravis, est brevis; si longus, levis.»³.

(Un PENITENTE responde al creer que es un fragmento invocativo como los anteriores.)

PENITENTE.— ¡Libera nos, Domine!

FRANCISCO.— ¡Ahora, no, págano, ignorante, desafecto! *(Le azotan.)* El hedor de la corrupción de la carne debe conmover los vientres. ¡Incienso! *(Dos PENITENTES salen a buscarlo. Llegan los de las antorchas.)* Cuanto más rigurosos seamos con nuestro cuerpo, más pronto rescataremos nuestra alma en ruinas. Hay que conmover a Dios, juez que castiga para que deponga su ira. *Ab ira tua.*

TODOS.— ¡Libera nos, Domine!

(Los PENITENTES arrecian en su mortificación. Se colocan coronas y cargan con las cruces.)

FRANCISCO.— Besad el suelo, reconoced el umbral de vuestra última morada. Seamos la epidemia del remordimiento. Esta penitencia pública, si es sincera, hará que los criminales que os vean confiesen, que los ladrones restituyan sus botines, que los judíos renuncien a su usura, que los enemigos se reconcilien y que las querellas sean olvidadas. *Per Adventum tuum.*

TODOS.— ¡Libera nos, Domine!

(Caen varios PENITENTES. Uno de ellos se extasía con la mortificación.)

FRANCISCO.— *(Levantándole.)* Si gozas con el dolor, mortifícate golpeando a otro. *(Llegan los del incensario.)* Las cruces en primer lugar, presididas por el incensario. En los costados las luminarias, luego los flagelantes, en medio los que andan de rodillas al final los tañedores. *(Salen a por instrumentos. Se han situado tal y como FRANCISCO les ha indicado.)* Y ahora atronad los oídos con cantos mezclados con la-

³ «El dolor si grave, es breve; si es largo, leve.» Cicerón, *De finibus*.

mentos y gritos de perdón. Cantad. Cantad llorando, cantad humillados, cantad. Espanto y desconsuelo. Cantad. ¡Cantad!

(Llegan los PENITENTES con los instrumentos y comienzan los cantos. La escena ha tenido una enajenación progresiva hasta convertirse en un retablo de pesadillas, sádico y espectral.)

Todos.— Dies irae, dies illa,
solvat saeculum in favilla
teste David cum Sybilla.

Cuantos tremor est futuros
quando iudex est venturus
cuncta stricte discussurus

Tuba mirum pargens sonum
per sepulcra regionum,
coget omnes ante thronum.

Mors stupebit, et natura
cum resurget creatura
iudicate responsura.

Liber scriptus proferetur,
in quo totum continetur,
nude mundus iudicetur.

Iudex ergo cum sedebit
quidquid latet, apparebit:
Nil inultum remanebit

Quid sum miser tunc dicturus?
quem patronum rogaturus?
cum vix iustus Bit securus?

Rex tremendae maiestatis.
qui salvandos salvas gratis,
salva me, fons pietatis.

(El CONDE DE LIAÑO se acerca a FRANCISCO.)

LIAÑO.— ¿Quién eres?

FRANCISCO.— Un peregrino obstinado... y sorprendido: ¡un castillo con campanario!

LIAÑO.— Piensa que es una abadía con patio de armas.

FRANCISCO.— Y vos, ¿quién sois?

LIAÑO.— El Conde de Liaño, brazo de Dios.

FRANCISCO.— (*Arrodillándose.*) Déjame ser sólo uno de vuestros dedos. Soy Francisco, el peregrino maldito.

LIAÑO.— He oído hablar de ti a mis abuelos. Levántate.

FRANCISCO.— Necesito la redención de mis pecados.

LIAÑO.— Y yo necesito hombres como tú.

FRANCISCO.— Pero ¡si soy como la higuera que maldijo el Señor!

LIAÑO.— Pero rezas con fe y sabes hacer que los demás (*Por los PENITENTES.*) lo hagan también.

FRANCISCO.— (*Disculpándose.*) Ellos han de mortificarse en lugar de los que no tienen tiempo porque luchan o gobiernan o se afanan en el campo, pero no son un ejemplo de devoción.

LIAÑO.— De eso se trata: de ejemplo, de propagar ejemplos. Guiados por mis campanas, llegan a mi castillo pecadores de todas las tierras, y con ellos formo ejércitos de Cristo.

FRANCISCO.— ¡Preparáis una cruzada!

LIAÑO.— ¡No! La Guerra Santa es y será para los comerciantes, los armadores y los banqueros una fuente de provechosos negocios. A las expediciones se unen gentes sin escrúpulos, antiguos criminales y ladrones que convierten la Cruzada en vandalismo. Algunos incluso regresan heréticos por las ideas del infiel. La lepra la han traído los cruzados como una maldición a sus pillajes y aventuras. Hasta los niños se han creído en la necesidad de morir en una cruzada sin fruto y han acabado en los mercados de esclavos.

FRANCISCO.— Cuando en nuestra tierra alguien quiere salvar la de otro, empobrece la suya.

LIAÑO.— No más Cruzadas, Francisco. ¿Por qué ir a Jerusalén si Dios está en todas partes? ¿Por qué abandonar nuestras tierras para conquistar otra mientras la nuestra es conquistada por las herejías y el furor destructivo del islam? No, no más Cruzadas.

FRANCISCO.— Entonces ¿preparáis la reconquista de nuestras tierras arrebatadas por el moro?

LIAÑO.— Preparo el camino de Dios para su tercera venida. Preparo la perpetuación de la cristiandad mediante el control de la fe. Y nuestro primer objetivo es el Camino de Santiago, cuya organización es urgente. Hay que construir lazaretos, capillas, figones, tiendas, puntos de peaje, trazar caminos, construir puentes, horadar obstáculos, sin olvidar el abastecimiento. Y en medio de todo ello, sembrar la fe mediante ejemplos llenos de sensibilidad, simples. Ese Gólgota que tú has formado con mis flagelantes atacando los sentidos hará surgir la angustia del fin, el horror del infierno, el rechazo del pecado, la necesidad del perdón. (*Hay algo de iluminado en el CONDE. Los PENITENTES lo rodean sumisos llenos de fervor, blandos y hociqueantes. El CONDE los besa, los abraza, los deglute y disminuye.*) Cada uno de mis soldados se ha entrenado para una batalla que no han de ganar ni con la fe, ni con la fuerza.

FRANCISCO.— ¿Ni con la fuerza que da la fe, ni con la fe que da la fuerza?

LIAÑO.— La fe es cosa de Dios, como la vida. Ella da y Él la quita. Pero como el enemigo es pagano y descreído, ¿qué les importa la fe? En cuanto a la fuerza, también se ha mostrado inútil: los mejores caballeros, los más grandes reyes han fracasado con las armas.

FRANCISCO.— ¿Pues qué, esperáis un milagro?

LIAÑO.— No uno, muchos. Tantos como sean ciertos, y más que añadiría la fantasía de quienes desean una nueva llegada del Mesías Salvador. Ni fe ni fuerza. Astucia. La astucia de Moisés, la de David. Fue la astucia la que derribó las murallas de Jericó. La astucia será el abono que hará florecer cruces en los caminos hollados sin fe.

FRANCISCO.— «Docebo iniquios vias tuas, et impü ad te convertentur»⁴.

LIAÑO.— Sin indirectas, peregrino.

FRANCISCO.— Decía...

LIAÑO.— (*Zanjando.*)... que Dios está con nosotros. (*Rápido, a los PENITENTES.*) Y ahora, soldados de la Nueva Resurrección, ¿estáis preparados para extender el ejemplo? (*Sin esperar contestaciones.*) ¡Pues, ea, Dios lo quiere, pero de verdad! Vosotros (*A varios PENITENTES.*), a los cua-

⁴ 'Enseñaré vuestros caminos a los malos y se convertirán a vos los impíos.'

tro puntos de partida hacia Santiago en territorio francés: tú a Saint-Gilles du Gard. Tú a Notre Dame du Puy. Tú a Vezelay y tú, finalmente, a Tours.

FRANCISCO.— (*Antes de que inicien su marcha.*) Y una piedra. Que recoja una piedra cada uno.

LIAÑO.— (*A los PENITENTES.*) Gentes habrá que digan que sus santos lo son más que el nuestro, más gloriosos y más veloces en el auxilio de quienes los invocan. No lo afirméis para que, como prueba, os cuenten sus milagros. Y una vez conocidos, poneos en camino y contadlos diciendo que fue nuestro Señor Santiago quien los hizo.

FRANCISCO.— ¿Mentir?

LIAÑO.— Los prodigios celestiales vienen todos de Dios, ¿no?

FRANCISCO.— ¡Cierto!

LIAÑO.— Entonces ¿qué más da que sea un santo u otro quien lo realice en la tierra por su mandato?

FRANCISCO.— Visto así...

LIAÑO.— ¡Así lo veo! El Camino de Santiago es de Santiago, como dice su nombre. El Santo Pedro está en Roma y yo no me opongo a que digan que fue él quien hizo lo que haya hecho el nuestro.

FRANCISCO.— Un lógico intercambio en la comunidad apostólica.

LIAÑO.— Los aquitanos, los borgoñeses, los flamencos que vengan a Santiago presumirán, ¿no es verdad?

FRANCISCO.— Es de prever.

LIAÑO.— ¡Pues aquí les bajaremos las pretensiones!

FRANCISCO.— Si es por prodigios, yo creo ser portador de uno.

LIAÑO.— Se lo contarás después a mi clérigo.

FRANCISCO.— No deseo confesar.

LIAÑO.— Mi escolástico recopila leyendas piadosas y milagros para que nuevos soldados de mi ejército espiritual los vayan contando por el camino.

FRANCISCO.— ¿Y éstos saben ya algunas leyendas, o deben esperar el intercambio?

LIAÑO.— Algunas saben y otras las inventan.

FRANCISCO.— ¿Mentir?

LIAÑO.— ¡Qué pertinaz! ¿Dios no lo puede todo?

FRANCISCO.— Lo puede.

LIAÑO.— Pues si inventamos un prodigio, ¿no está en lo posible que Dios lo haga.

FRANCISCO.— Lo está.

LIAÑO.— ¿Y podemos saber nosotros todos los milagros que Dios hace?

FRANCISCO.— No podemos.

LIAÑO.— Pues no inventarlos supondría creer que Dios no es capaz de realizarlos.

FRANCISCO.— Visto así...

LIAÑO.— ¡Así lo veo!

FRANCISCO.— Pues si han de imaginar lo que Dios es capaz de hacer, recomemos para que su fantasía sea tan grande como devota.

LIAÑO.— Lo es. Cada uno lleva por lo menos un milagro en el zurrón. Éste (*Por uno de los PENITENTES.*) contará la historia de un abate glotón condenado por Santiago a comer únicamente lo que el viento llevara en los aires de un lado para otro. Por eso siempre iba con la boca abierta. Murió en el desierto, durante una tormenta de arena.

FRANCISCO.— Ejemplar.

LIAÑO.— Este otro contará el castigo de un viejo judío que intentó robar el cuerpo del Santo y fue condenado a errar sin detenerse, pues sus barbas echaban raíces en el suelo.

FRANCISCO.— Iré rapado.

LIAÑO.— La astucia de nuestro Señor Santiago la evidenciará este otro contando cómo en una comunidad judía...

FRANCISCO.— ¡Los judíos...!

LIAÑO.— Un pecador dejó preñada a una joven, y para no ser castigado por sus padres, dijeron que Dios la había fecundado con un hijo que sería el Redentor del pueblo de Israel.

FRANCISCO.— ¿Y cuál fue el milagro?

LIAÑO.— Que la joven dio a luz una hija. (*A los PEREGRINOS de nuevo.*) Tú a Roncesvalles y habla contra el moro que mató cristianos.

FRANCISCO.— No olvidéis coger una piedra en Triacastella.

LIAÑO.— Eso está más adelante. Primero hay que cubrir Puente la Reina, donde coinciden los cuatro caminos franceses. Allí irás tú. (*Por otro PEREGRINO.*)

FRANCISCO.— La piedra caliza, recordad.

LIAÑO.— A Burgos tú, y tú a León. San Millán y Santo Domingo ya os han allanado el camino. Ejemplo, penitencia y...

FRANCISCO.— ... y una piedra.

LIAÑO.— ¡Lapidarán Santiago!

FRANCISCO.— No llegarán jamás si no roban montes.

LIAÑO.— Y vosotros al camino aragonés, al navarro, que no haya descanso sin penitencia. Cumplid vuestra misión.

(Los PENITENTES cantan mientras se retiran lentamente, de cara al público, formando un diorama amasijado tras el CONDE y FRANCISCO. Alguno se flagela en acción inconsciente.)

FRANCISCO.— ¿Y mi misión, Conde?

LIAÑO.— Dios habla a través de las visiones de los hombres. No hay mayor visionario que San Juan, ni visión más sensible que su Apocalipsis. Recordar sus figuras enloquece y mueve a contricción. Tú deberás enloquecer a los peregrinos de Santiago, dándoles nuevas señales del fin de los días. *(LIAÑO tiene abrazado por detrás al peregrino. Se oscurece el entorno de ambos y comienzan a verse prodigios en el cielo.)* Se abrirán los cielos y copas de rojo vino se derramarán sobre la tierra para alimento de los Santos.

FRANCISCO.— *(Alucinado.)* Hambre, peste, guerra... Comprendo los símbolos.

LIAÑO.— Se cerrarán los mares, no se ocultará la Luna, las madres serán estériles, pero nacerán seres abominables de las ciénagas. Los pecadores serán cegados por el retorno de la estrella de Belén, esta vez revestida de fuego.

FRANCISCO.— Pero al Apocalipsis le precederá el Anticristo.

LIAÑO.— Cuando le veas sabrás reconocerlo.

FRANCISCO.— Y proclamaré su infamia.

LIAÑO.— Debes proclamar que llega la tercera y definitiva edad. Primero fue la de la Ley, la del mismo Padre. Luego la de Cristo, llena de sumisión filial, y ahora alborea la del Espíritu, la edad de la libertad y el Nuevo Orden. Retornará el Salvador y será reconocido por los signos que tú revelarás.

FRANCISCO.— ¿Y cuáles han de ser?

LIAÑO.— Levitará.

FRANCISCO.— Pero eso es normal.

LIAÑO.— Levitará, pero sus pies no abandonarán la tierra: será el vínculo sagrado entre lo divino y lo humano, ya unido para siempre. Sangrarán sus manos, ganará batallas al islam con la ayuda del apóstol Santiago, que saldrá de su sepulcro, albo y abanderado. Y el signo más reconocible será el de una gran cruz impuesta desde su nacimiento en medio de su pecho. Pero su venida pasa necesariamente por la muerte y el terror. El pecado y la herejía deben ser eliminados para que el Libertador pueda reinar en un mundo lleno de pureza. Pronto bebemos sangre en lugar de vino, pero después y durante mil años dará agua viva a los sedientos y el trigo no tendrá fin.

(Las campanas vuelven a sonar y decrecen los desajustes celestiales. FRANCISCO avanza apostolizado hacia el proscenio, guiado por los ojos de fuego del CONDE. Los PENITENTES retiran los troncos, mientras las copas de árboles retornan a su lugar primitivo, según la encrucijada del comienzo.)

LIAÑO.— Ve y predica. Inquieta el espíritu. Esparce la epidemia de remordimiento. Anuncia la venida del Mesías guerrero. Mis campanas guiarán tu fe. Son campanas que llaman a juicio. ¡Es el sonido sacramental de la Conclusión!

(Si se deseara, aquí finalizaría el primer acto, con las campanas ahogando voces.)

ACTO SEGUNDO

El acto segundo comienza con las mismas campanas con que finalizó el primero. A oscuras se oye la voz de CAROLO, gritando.

CAROLO.— «¡Es el sonido sacramentado de la Conclusión!» (*Va subiendo la luz, mientras callan las campanas. Nuevamente estamos en la encrucijada, en el momento del final de los recuerdos.*) «¡Es el sonido de la unción cristiana!» (*CAROLO cambia de tono, dejando de imitar al CONDE.*) Sí, el Conde sabía predicar, y mejor que tú (*Por FRANCISCO.*) porque era menos sincero.

TOLOSA.— Tampoco nuestro peregrino ha dicho la verdad.

FRANCISCO.— La dije. Yo debía volver al castillo el último día de cada estación para contar al Conde mis progresos y recibir de él nuevas orientaciones.

TOLOSA.— Tú mataste al Conde.

FRANCISCO.— ¿Por qué habría de hacerlo?

TOLOSA.— (*Tras una pausa.*) Cierto, erais iguales.

FRANCISCO.— Antes de matar al Conde clavaría un puñal en mi propio pecho.

DINAZARDA.— Quien desprecia así su vida no puede respetar la de los demás.

FRANCISCO.— Hay vidas que no merecen ser respetadas.

DINAZARDA.— Y la del Conde de Liaño, menos que ninguna.

FRANCISCO.— ¿Qué sabes tú? De haberlo conocido no estarías viva.

DINAZARDA.— Me das la razón de su brutalidad.

FRANCISCO.— Odiaba a los moros con santo amor a Cristo.

DINAZARDA.— No tanto como para no perdonarles la vida a cambio de un rescate.

FRANCISCO.— Muy importante deberías de ser para que él lo pidiera por ti.

(DINAZARDA *mira a* GUILLEM y *éste asiente*.)

DINAZARDA.— Me llamo Dinazarda y soy la hermana de Scherezade, esposa del gran Harún al-Rashid, y a no ser por Guillem de Bornelh (*Le seña-la.*) hoy no podría contar mi vida.

GUILLEM.— La salvé del Conde.

TOLOSA.— Aprovechando el momento de su muerte.

GUILLEM.— Así es.

FRANCISCO.— (A TOLOSA.) ¿Cómo sabes eso?

TOLOSA.— Sé mucho.

FRANCISCO.— Demasiado.

ALEGRET.— ¿Tú eres Guillem de Bornelh, el trovador?

GUILLEM.— Sí.

ALEGRET.— Algunas de tus trovas las habré cantado yo por los caminos y plazas.

GUILLEM.— (*Sin acritud.*) Eso me temo. Los juglares malcolocan y peorriman mis palabras.

ALEGRET.— No desprecies mi arte, o el tuyo quedaría ignorado.

DINAZARDA.— No lo será, Alegret, que yo lo haré inmortal.

TOLOSA.— ¿Por ser cuñada del Califa?

DINAZARDA.— Por ser hermana de su mujer.

TOLOSA.— ¿No es lo mismo?

DINAZARDA.— El Califa era un hombre alegre y bondadoso, pero fue engañado por su primera esposa y se tornó cruel y taciturno. Mató a su mujer y cada noche se casaba con una doncella; la decapitaba cuando amanecía para que no pudiera serle infiel.

ALEGRET.— Ése es mejor método que el cinturón de castidad.

DINAZARDA.— Hasta que se casó con mi hermana Scherezade, que cada noche iniciaba un cuento que interrumpía al amanecer. Su esposo, que quería saber el final le perdonaba la vida por ese día.

FRANCISCO.— (*Con repugnancia.*) ¡Haría algo más que contar historias!

DINAZARDA.— También. Pero eso no le hubiera librado de la muerte. Schere-

zade interesó no al hombre, sino al niño que dormía bajo el manto de la edad.

CAROLO.— ¿Y cuántas noches ha podido entretener al Califa?

DINAZARDA.— Pasan de las seiscientas, pero ya se le acaban los cuentos y yo, que la amo por sangre y afecto, recorro el Camino de Santiago oyendo historias para volver a contárselas y que ella siga viviendo.

TOLOSA.— Seiscientas historias son muchas.

ALEGRET.— Demasiadas si no se saben contar.

DINAZARDA.— Scherezade sabe.

CAROLO.— ¿Y tú?

DINAZARDA.— Algo he aprendido.

ALEGRET.— Yo también cuento historias, pero ni sabiendo la mitad podría tener a las gentes tan pendientes de mí el tiempo necesario para robarles la bolsa. (*Intenta quitarle a FRANCISCO su zurrón. Pero el peregrino se da cuenta y lo evita.*) ¿Cuál es el secreto?

DINAZARDA.— Si lo hay, no es sólo uno. Pensad que cualquier historia narrada por la noche, cuando debe hacerlo Scherezade, adquiere un misterioso entorno.

TOLOSA.— Cerremos los ojos para ayudar a la fantasía. (*Toda la escena se oscurece a excepción de una luz que cae sobre FRANCISCO.*) ¡Francisco!

FRANCISCO.— ¿Qué pasa?

TOLOSA.— ¡Cierra los ojos!

FRANCISCO.— (*Despectivo, pero aceptando.*) ¡Bah!

(*Se hace el oscuro total y al instante comienza a iluminarse DINAZARDA con una luz irreal.*)

DINAZARDA.— Si la historia participa de lo mágico y se persuade al oyente de que quien la cuenta fue testigo de los prodigios, ¿cómo no ser vencido por la fascinación apagando voluntariamente la luz de nuestra cabeza y convirtiendo en goce todo lo que emociona nuestro corazón? (*Sobre el fondo oscuro se ha entrevisto fugaz y maravilloso el mundo árabe de las leyendas. Sube la luz.*) Si los cuentos desaparecieran, los niños dejarían de existir.

TOLOSA.— Instruir es un deber, pero conmover es una necesidad.

FRANCISCO.— ¿Y al Conde de Liaño también le... «contaste cuentos»?

DINAZARDA.— Pues sí, estuve con el Conde, muy a mi pesar, pero voluntariamente.

FRANCISCO.— Explica ese contrasentido.

DINAZARDA.— Tuve que ofrecerme al Conde y no fue fácil que me aceptara en su lecho. Él gozaba más con el dolor de los demás, pero nosotros sabíamos que si despertaba su lujuria, ella sería su perdición.

(TOLOSA *hace una seña y Dinazarda calla.*)

FRANCISCO.— (*Sin darse cuenta.*) Y lo fue, maldita africana.

DINAZARDA.— Cordobesa, andalusí. De Hispania, como vos.

FRANCISCO.— ¡No te compares a mí, Herodías, Salomé, Agripina...!

ALEGRET.— No sabe tanta historia como creíamos.

DINAZARDA.— (*Deteniendo a GUILLEM.*) No, Guillem. Él ha sido doblemente engañado. Es más desgraciado que nosotros.

FRANCISCO.— ¡Dios es mi orgullo y mi alegría!

TOLOSA.— Uno puede tener el orgullo de valer por sus crímenes lo que un santo vale por sus virtudes.

FRANCISCO.— No son crímenes, sino purificaciones.

TOLOSA.— Al Conde le resultaba difícil ser santo; por eso prefirió ser satánico, que es el otro extremo. Y tú, exaltado, ingenuo, fuiste su heraldo, su guadaña predicando la necesidad del fuego.

GUILLEM.— Cuando llegué al castillo tú estabas en los caminos de Santiago sembrando cruces y esperando que florecieran de ellas espinas.

TOLOSA.— Los caminos deberían servir de encuentro y amistad.

FRANCISCO.— (*A GUILLEM.*) No pudiste estar en el Castillo. Tú sí eres cristiano. El Conde te hubiera convencido, te hubiera iluminado.

GUILLEM.— Me cegó antes la hoguera que había en el patio y en la que ardía un pobre judío.

TOLOSA.— En vez de troncos, el Conde usó libros. Los míos. El sabio judío de Toledo murió dos veces y yo un poco con él.

FRANCISCO.— ¿Qué esperabais? Es la necesidad del ejemplo.

GUILLEM.— Yo esperaba lo que desea todo trovador: rendir vasallaje a un gran señor y cantar mis trovas de amor cortés a su dama.

DINAZARDA.— Que en este caso era su prisionera.

FRANCISCO.— ¿Y te recibió?

GUILLEM.— Incluso dijo conocerme.

ALEGRET.— A mí me lo debes. ¿Es tuya la *cansó* que dice «A l'entrade del tens clar»?⁵

GUILLEM.— Si lo fue ya no lo será.

ALEGRET.— ¿Y la del juglar y la Virgen?⁶

GUILLEM.— Según como se cante.

ALEGRET.— Por ambas el Conde te admitió, pues llegamos cantándolas al repique de campanas que creímos de fiesta y eran de luto.

FRANCISCO.— ¿Quién había muerto?

ALEGRET.— ¡La alegría!

FRANCISCO.— ¡Necio!

ALEGRET.— Ignorante de mí, que llamé a mis cofrades por los arrastraderos donde ponían color. No hubo mejor florilegio de disparates que en aquel concilio ecuménico de hacedores de alegría. (*Irrumpen con trajes vistosos, hechos de paño de tintes vivos y abigarrados, cuyos remiendos parecen adornos, y los desgarros, flecos. Cada uno aparece, realiza su especialidad juglaresca y se torna con tanto prodigio como pueda al recuerdo de donde vino.*)

Saborejo, al que no olvidan las mujeres, ni sus maridos.

Pedro Agudo, maestro en afilar lenguas.

Bonamigo que lo es, si nada le pides.

Cornamusa con la que me rebozo en el heno de septiembre.

Maldicorpo que lo hace olvidar porque la risa no tiene ojos.

La soldadera María Sotil, hábil estratega.

Airecico imposible de cogerle parado, sobre todo si lleva bolsa ajena.

Bacinete bueno si está lejos y no de espaldas.

Y Atalaya porque en su cabeza llueve antes.

(*La aparición debe ser sorpresiva, coincidente, como una apoteosis, y al aviso, todos rodean al convocante.*) Mezclemos el encomio y el ultraje: de los primeros vive la tripa; por lo segundo no muere la dignidad. (*Salen todos, menos ALEGRET, tan alborozados como entraron. El juglar sigue hablando a sus compañeros de encrucijada y así dará tiempo a que el coro se coloque sus zancos, con los que bailará en el*

⁵ Anónimo de finales del siglo XII.

⁶ Tradicional recreado por el autor.

patio de armas, una vez se cambie el decorado como en las anteriores escenas. Suenan de nuevo las campanas.) Y creyendo que el que da con buena posada no ha equivocado el camino, hacia el castillo fuimos, guiados por las campanas que mis deseos me hicieron creer de gloria y eran de infierno, pero ni eso me asusta.

FRANCISCO.— Tú llamas gloria a que te dejen comer los despojos de un banquete.

ALEGRET.— Frecuento los banquetes de los grandes señores, pero siempre pienso por dónde he de sacar las sobras que como. Soy libre por reírme de lo que los poderosos consideran importante; por eso hago patente la locura y el exceso. Sólo me tomo en serio la broma.

(El juglar toca sus instrumentos. Hay fiebre retadora en sus movimientos. La música se multiplica por detrás.)

Nuevamente las ramas se elevan para componer el patio de armas. Este decorado deberá tener una transformación progresiva, cada vez más compleja y desmesurada, mediante el engarce de nuevos elementos. Del reposado románico al que puede recordar el patio de armas a la llegada de FRANCISCO, se ha de pasar a un descoyuntado y opresivo gótico que en la última escena tendrá especial relieve, tal y como lo describirá TOLOSA. En esta escena de los juglares, ya existe una evolución que deberá provocar una imperceptible inquietud. Surgen, subidos en zancos, los JUGLARES cantando y bailando.

JUGLARES.— A l'entrada del temps clar ¡Eya! *(Grito que unifica coreografías.)*

Per jòia recomençar, ¡eyas!
E per jelós irritar, ¡eya!
Vòl la regina mostrar
Qu'el es si amorosa

A la vi', a la via, jelós,
Laissatz nos, laissatz nos
Balar entre nos, entre nos.

El'a fait pertot, mandar, ¡eya!
 Non sia jusqu'a la mar, ¡eya!
 Puicela ni bachalar, ¡eya!
 Que tuit non vengan dançar
 En la dansa joiosa.

Lo reis i ven part, ¡eya!
 Per la dança destorbar, ¡eya!
 Que el es en cremetar, ¡eya!
 Que òm no li vòlh 'emblar
 La regin 'aurilhosa.

Mais per nien lo vòl far, ¡eya!
 Qu'ela n'a sonh de vielhart, ¡eya!
 Mais d'un leugier bachalar, ¡eya!
 Qui ben sapcha solaçar
 La dòmna saborosa.

Qui donc còrs deportar, ¡eya!
 Ben pògra dir de vertat, ¡eya!
 Qu'el mont non aja sa par
 La regina joiosa.

(Irrumpe furioso, deshaciendo coreografías, el CONDE.)

LIAÑO.— ¡Verdugo de la virtud!

ALEGRET.— No, mi Señor, que los juglares seguimos a los buenos y los verdugos buscan a los malos.

LIAÑO.— *(Con desprecio.)* ¡Juglares! Cristo no rió jamás.

ALEGRET.— Lo fue San Ginés, nuestro patrón.

LIAÑO.— Si deseas...

ALEGRET.— ¡Deseo, deseo!

LIAÑO.— ¡Déjame acabar, falso loador!

ALEGRET.— Me ofuscó el gozoso vasallaje; perdón, mi amo.

LIAÑO.— Si deseáis, tú y tus cómplices del demonio haceros perdonar vuestros pecados...

ALEGRET.– ¡Queremos, queremos!

LIAÑO.– ¿Me dejarás acabar?

ALEGRET.– Humilde, culpable, triste y arrepentido.

LIAÑO.– Y mudo.

ALEGRET.– *(Hace gesto de serlo.)*

LIAÑO.– Cambiar vuestras soeces canciones por virtuosas leyendas.

ALEGRET.– Haré un milagro ejemplar.

LIAÑO.– ¿Que tú harás un milagro?

ALEGRET.– Quiero decir que intentaré representarlo. Sabemos uno que puso en bellas trovas el devoto trovador Guillem de Bornelh.

(El CORO hace gestos de desconocerlo.)

LIAÑO.– Espero que me guste a mí tanto como a mi verdugo.

(Se retira el CONDE para observar la representación que se desarrollará de manera sencilla e ingeniosa. Los zancos desempeñarán diferentes usos: formarán la embocadura del supuesto escenario; se echarán al suelo dos de los JUGLARES y levantarán en ángulo recto una de sus piernas. Los elementos escenográficos que vaya describiendo ALEGRET, así como el atrezo, deben tener una delicada ingenuidad, mediante el convencionalismo de la transformación.)

ALEGRET.– *(Comienza su improvisación, dudoso.)*

¡En el nombre de Dios y la Virgen María!
Si Ellos me guiasen yo contar podría
un milagro hecho a un miembro de juglaría.
Pido a los Cielos memoria y un poco de maestría
y si no place lo hecho, yo hice lo que sabía:
cúlpele a otros de culpa que la culpa no es la mía.

(El CONDE empieza a impacientarse.)

Por testigos del milagro llamado de la alegría,
pongo a todos los Santos que a Dios hacen compañía:
Cayo y Pelayo, Blas y Vidal, Lucio y Lucía,

(ALEGRET comienza ahora un verso cuya rima no encuentra y tira de santoral hasta que le llega la inspiración.)

Sixto y Calixto, Cecilia y Otilia, Justina y Cristina, Mateo, Marcos, Lucas y San Juan, Melchor, Gaspar y Baltasar y todos los santos del día. *(Cambiando de tono.)* ¿A qué estamos hoy?

LIAÑO.— ¡O comienza el milagro o hago yo uno dejándoos vivos!

(Se armonizan las músicas que antes desafinaban y ALEGRET encuentra su inspiración.)

ALEGRET.— Un juglar cansado de pecar
en los caminos eternos,
diose en pensar que el andar
le llevaba a los infiernos.
Desnudo como vino al mundo
desnudo quiso irse de él
pues en el hoyo profundo
los vestidos ¿para qué?
A un pobre le dio su ropa
porque el pobre la envidiaba
dio su dinero a quien roba
y que ese día no robara
Esperaba la venida
de la paz de un cementerio
y como frontera a su vida
ingresó en un monasterio.

(El CORO DE JUGLARES va representando la narración, quizá ayudados por una sucinta decoración inspirada en las miniaturas románicas. No hay que aclarar que sus actuaciones jamás serán realistas.)

Los monjes no están contentos
del juglar arrepentido
pues aunque es bueno y atento
ni una oración le han oído.
Los hay que rezan cantando;
no así el juglar que no reza.
Los hay que callan rezando.
Su manera no es ésa.
Cuando el día se ha dormido
y uno a uno cada hermano
duerme con el día ido
para el juglar es temprano.
La noche es su protectora
para pedir protección
que si duermen a esa hora
ahora él dirá su oración.
Con sigilo el juglar
llega lleno de fervor
a una estatua, en el altar,
de la Madre del Señor

(CORNAMUSA, la enamorada de ALEGRET, subida en zancos interpreta la estatua de la Virgen, rodeada de nubes, querubines y portentos de luz hechos con palos pintados, que son los zancos.)

«Gloria Santa María
no creas que he rezado
porque rezar no quería
que no soy un renegado.
Todos me piden que rece
canciones de clerecía
pero es que nadie lo hace
como un juglar lo haría.»
Con cirios se hizo una plaza
uno a uno los prendió

y después, su gran baza,
de arco iris se vistió

(El JUGLAR que actúa cambia su traje por otro de sorprendentes colores que roban luz y dan destellos. Queda premeditadamente ambiguo el dispositivo acrobático, para amoldar la acción a las facultades del intérprete.)

Sintiéndose muy feliz
naranjas que va tomando
las sostiene en su nariz
sobre cuerdas caminando.
Es el rey de la acrobacia
y hasta usando un solo dedo
dulcemente, con su magia,
hace de titiritero.
Con una hábil voltereta
pone los pies en el cielo
pero la edad no respeta
y agotado cae al suelo.
El abad del monasterio
oculto tras el altar
al fin comprende el misterio
y no para de llorar.
Y el milagro aquí se aclara
pues la Virgen descendiendo
al que tan bien la adorara
le abanicó con su aliento.

(CORNAMUSA desciende sobre el actor, pero la representación es interrumpida por el CONDE, que se acerca furioso sacando su daga.)

LIAÑO.— ¡Vicarios de Belcebú! ¿Cómo se atreve esa enemiga de la pureza a encarnar a la Gloriosa Madre de Cristo? ¡Pecadores! *(Ruedan los actores confundidos. LIAÑO detiene a CORNAMUSA por el cuello y, antes*

de que nadie pueda reaccionar, la apuñala. Truena el cielo.) ¡Muere impura, que tu alma tenga perdón, que a tu cuerpo lo he condenado!

(Las campanas suenan de nuevo, mientras ALEGRET avanza hacia el proscenio gritando y el decorado vuelve a sus comienzos.)

ALEGRET.— ¡Cornamusa!

CAROLO.— *(Tras una pausa.)* ¿Es cierto que cayó un rayo?

ALEGRET.— *(Serenándose.)* Cierto.

CAROLO.— ¿Qué dijo el Conde?

FRANCISCO.— Que era el Dios de la ira aprobando su acción.

ALEGRET.— O castigando su crimen.

TOLOSA.— O, simplemente, que había tormenta.

FRANCISCO.— De cualquier modo, al fin se supo quién fue el asesino del Conde. *(Mirando al juglar.)*

GUILLEM.— Nadie ha oído esa confesión.

FRANCISCO.— *(A ALEGRET.)* La mataste tú para vengar a tu barragana.

(ALEGRET se abalanza sobre el peregrino y ambos caen sobre CAROLO, que los separa sin dificultad.)

CAROLO.— Demasiados cuentos, incluso para un descanso en el camino de Santiago.

ALEGRET.— ¿Un descanso? Llevamos aquí más de diez ayunos.

FRANCISCO.— ¡Suéltame!

(CAROLO suelta a los litigadores y se encara con todos.)

CAROLO.— Un cuento son tus cuentos, Dinazarda; también tú finges, trovador; tu única verdad son tus canciones, Goliardo; lo tuyo es una farsa, peregrino...

ALEGRET.— *(Antes de que CAROLO le diga nada.)* No me crees tampoco, lo intuyo.

DINAZARDA.— ¿Dices tú la verdad?

TOLOSA.— Mentir no ha podido. Apenas si habló.

FRANCISCO.— Algo tendrá que callar.

TOLOSA.— (*Retándole.*) Acúsale a él de la muerte del Conde.

FRANCISCO.— Lo haría... (*CAROLO mira feroz a FRANCISCO*) ... si tuviera su fuerza. (*CAROLO arranca del suelo, con gran facilidad, el tronco florido.*)

ALEGRET.— No creí que tuviera tanta.

(*El guerrero rebana con la mano los brotes del tronco.*)

GUILLEM.— Pero ¡si es una lanza!

DINAZARDA.— Pero si la punta es de acero, ¿cómo pudo echar raíces?

FRANCISCO.— ¿Y cómo sabía él que era una lanza?

CAROLO.— Porque era mía.

TOLOSA.— Y ahora, sonará la campana.

(*Sólo un tañir se oye, interrumpido por CAROLO.*)

CAROLO.— ¡Es olifante, no es campana/ que a treinta leguas me llama!

TOLOSA.— De todos, sois el más noble.

FRANCISCO.— ¿He de serlo yo menos?

TOLOSA.— En envidia le ganas.

DINAZARDA.— Si es otra historia, aunque no me creas, la necesito.

CAROLO.— No es una historia.

TOLOSA.— Lo será.

CAROLO.— Fue una infamia. (*Pausa.*) Mi nombre es Carolo. Morir en el combate es mi vida. Al llegar al castillo del Conde de Liaño adiestré a su ejército para una batalla cerca del monte Laturce.

FRANCISCO.— ¡Falso! El Conde no deseaba el reino de la cristiandad mediante guerras, sino con astucias.

TOLOSA.— Así es. También era cobarde. Pero aproveché la llegada de Carolo y le convencí. (*Imitando al CONDE.*) «Tu fuerza y mi astucia vencerán a la morisma.»

CAROLO.— (*Con desprecio.*) ¡Su astucia! (*A TOLOSA.*) ¿Fue tuya también la idea infame?

TOLOSA.— Mía no, del Conde. Yo la aproveché. Recuerda el grito sagrado de sus campanas. Ninguno sonaba a paz. El sonido de la cristiandad era la ira de Dios, el poder de Cristo, la fuerza, la energía, el ardor...

(Suenan campanas y esta vez también tambores. De nuevo el patio de armas más tenebroso que la vez anterior. La enorme campana del fondo avanza tirada por una reata de soldados. Al frente de ellos, el CONDE les arenga. Hay agitación guerrera. Rojeces de función, chispas de yunques.)

LIAÑO.— Las campanas de mi templo ensordecen a los impíos, a los sacrílegos, a los perjuros, a los réprobos.

(En un extremo, CAROLO enseña lucha con lanza a dos soldados, a los que derriba.)

LIAÑO.— *(Llamando a CAROLO.)* ¡Mi bravo caballero! Tu fuerza y mi astucia vencerán a la morisma.

CAROLO.— Mis soldados aprendieron a morir sobre tumba de paganos.

LIAÑO.— No es bastante el valor. *(Señala la campana.)*

CAROLO.— ¿Pensáis llevar la campana a la batalla?

LIAÑO.— Es necio no aprovechar todo lo que en el universo nos es de utilidad. Lo insólito y lo desconocido atemorizan tanto como el tajo de una espada.

CAROLO.— *(Refiriéndose a la campana.)* ¡Buen símbolo!

LIAÑO.— Tú lucha a tu modo, que yo lo haré al mío. En la batalla de Laturce, Santiago vendrá en apoyo de nuestra causa.

CAROLO.— Creo en los milagros no menos que en mi yelmo.

LIAÑO.— La fe que los humanos tienen en los milagros es el milagro mayor de todos. Y ahora contempla cómo se desarrollará la batalla. *(Se despliega el CORO. Siguen las campanas y los tambores a los que se les acompañan las lanzas de los guerreros golpeando en el suelo. Algunos tienen antorchas.)* En el momento en que más descabezados estén los sarracenos, o quizá cuando se equilibren las fuerzas, llegada la noche... *(se oscurece)* mis hombres llamarán al Santo de Compostela.

(La enorme campana se abre y de ella surgen destellos. De su interior emerge la figura a caballo de Santiago, esculpida según las ilustraciones de los manuscritos)

miniados españoles que llevan por título «Comentario del Apocalipsis», procedentes del siglo x y finales del siglo xii, atribuidos al Beato de Liébana. Ingenuidad y tremendismo. CAROLO, irritado y confundido, asiste al despliegue de la farsa, hasta que, rebasado su honor, eleva la lanza.)

CAROLO.— Ni tengo miedo, ni temor a morir. Descargaré mil golpes y morirán mil paganos. Si mi furia es mayor, de un tajo partiré siete, pero en nombre del honor de mi nombre tal patraña no será conmigo.

(Y con un formidable gesto, clava su lanza a los pies del CONDE. Un viento que nadie espera apaga las antorchas, y las tinieblas, que sobrecogen, hacen huir de la escena a gentes y decorados. Por primera vez no hay nada en el escenario, salvo los personajes del comienzo de la obra. El ambiente cobra un onírico aspecto.)

DINAZARDA.— Pero si esa lanza la clavaste en el castillo

GUILLEM.— ... y la lanza estaba aquí...

TOLOSA.— *(Concluyendo.)* Aquí estaba el castillo.

(FRANCISCO busca las ruinas en medio de la desolación.)

GUILLEM.— «¿Qué es de Nínive, Fortuna?

¿Qué es de Tebas? ¿Qué es de Atenas?

¿De sus murallas y almenas,
que no aparece ninguna?

¿Qué es de Tiro y de Sidón
que si fueron ya no son?»

TOLOSA.— Nada permanece. Con el Conde murió su obra.

(Se desgarran los cielos.)

ALEGRET.— No queda mucho tiempo.

FRANCISCO.— Va a abrirse el séptimo sello.

TOLOSA.— Yo maté al Conde.

CAROLO.— ¿Tú?

TOLOSA.— Yo... y vosotros. O si lo preferís, se mató él mismo. Nosotros sólo le pusimos la sogá al cuello.

(Pasa un cometa desfigurando sombras.)

FRANCISCO.— *(Mirando a las alturas.)* ¡Se enjaezan los cuatro caballos!

TOLOSA.— Yo era feliz en el castillo del Conde. Le había convencido para que su Cruzada no fuera en Oriente y así evitarme el ir yo. Le convencí para que su fama no la ganara con la espada, que así es fácil si tiene filo. Yo escribía leyendas o las recogía y él las esparcía con sus penitentes... hasta que llegaste tú, Francisco, que mal nombre te pusieron, y mi juego convertiste en verdad. Le quemaste el corazón al Conde, ardió su alma, y su cuerpo fue una hoguera. A su paso, cenizas.

GUILLEM.— Las del judío y los libros.

TOLOSA.— Mis maestros.

FRANCISCO.— Mataste al Conde por venganza.

TOLOSA.— Por justicia.

FRANCISCO.— No te la inspiró Dios.

TOLOSA.— ¿Y a ti sí, necio? Cada vez que venías al final de una estación, el Conde te daba nuevos signos del redentor que había de llegar con el Apocalipsis. Era yo quien se los inspiraba.

FRANCISCO.— ¡No!

TOLOSA.— ¡Sí! ¿Dinazarda?

DINAZARDA.— Una cruz en el pecho.

TOLOSA.— ¿Carolo?

CAROLO.— La aparición del Santo en la batalla.

TOLOSA.— ¿Alegret?

ALEGRET.— Levitará.

TOLOSA.— El Conde era como los hombres de estos tiempos: bárbaro, pero lleno de ingenuidad. Después de ti, enloqueció. Antes jamás usó el fuego, ni el puñal. Y yo, poco a poco, fui ordenando su locura. Primero se creyó únicamente el heraldo del Nuevo Mesías y se dispuso a preparar su llegada no con el gozo de la salvación, sino ofendiendo la vida. *(El decorado entra lentamente y va produciéndose en él el cambio pro-*

gresivo que ya se ha visto en las sucesivas escenas y que ahora se comprende mejor como una proyección física del cambio espiritual del Conde. Primeramente es el patio de armas de la primera escena a la llegada de FRANCISCO.) Pero yo ahondé en la de Francisco su vanidad y cimenté el cadalso sobre su ignorancia. Dinazarda, prisionera, debía conocer cosas íntimas del Conde que yo le haría creer que eran signos del Nuevo Mesías, escritos en libros sagrados. Una cicatriz, alguna deformación, un sueño...

FRANCISCO.— ¡No, no es cierto!

TOLOSA.— Sí, lo es. Y tú propagabas con esa vehemencia suicida de loco místico que el Nuevo Mesías sería reconocido por una cruz en el pecho. Yo buscaba la desgracia del Conde, no su muerte, pero comencé a cavar su tumba cuando llegó Alegret y su grupo de juglares.

ALEGRET.— Cornamusa...

TOLOSA.— Alegret, con su improvisado escenario me dio la idea final. *(La simplicidad del decorado se complica como en su segunda aparición, mediante engarces. Todo empieza a adquirir un ambiente denso, donde los muros avanzan para parecer columnas, en lo que ya apunta a una decoración escultórica.)* Tu escenario sería su cadalso. Allí donde mató, moriría. *(Se ilumina la campana, que avanza sola hacia el centro.)* Pero antes necesitaba un motivo grande para justificar una fiesta de locura, donde la locura quedara enmascarada. Una batalla victoriosa contra el moro podría ser el motivo para esa fiesta, pero el Conde no era guerrero. Hubiera bastado cualquier escaramuza donde veinte pobres moros huyeran atemorizados. El Conde se hubiera creído Carlomagno.

CAROLO.— Se lo creyó.

TOLOSA.— Pero para asegurarme la victoria inventé la añagaza del albo Santiago surgiendo de la campana de la Cristiandad. *(Se abre la campana y la estatua emerge. Su aspecto irreal tiene ahora acentos tenebrosos.)* Carolo, sin saberlo, vino en mi ayuda. Preparó a los hombres del Conde para la victoria aunque él no fuera. *(Nuevamente el decorado se transforma como a la llegada de CAROLO. De las atalayas y almenas brotan arbotantes góticos. De los contramuros convertidos en columnas emergen capiteles. Crece la muralla.)* Pero ¿cómo controlar la naturaleza? Estuviste a punto de matar al Conde. *(CAROLO clava la lanza en el mismo lugar donde lo hiciera en su escena.)*

CAROLO.— ¿No era eso lo que buscabas: su muerte?

TOLOSA.— Muerto por ti, por un guerrero, ¿qué venganza sería ésa? Dime, Alegret, ¿se habría satisfecho tu odio si el Conde hubiera muerto de una indigestión?

ALEGRET.— Así mueren todos los que pueden.

TOLOSA.— ¿Le hubieras matado de hambre?

ALEGRET.— Si su placer hubiera sido la gula, sí.

TOLOSA.— ¿Y cuál era el placer del Conde de Liaño para convertirlo en tormento?

(En el mismo ambiente irreal una luz nos descubre al CONDE.)

LIAÑO.— ¡Soy el Redentor de la Cristiandad!

TOLOSA.— ¡Qué abominable presunción!

LIAÑO.— Sobre mis hombros, la victoria.

TOLOSA.— O el peso de la infamia.

(Gran despliegue. Estamos una vez más en el patio de armas en el momento en que el CONDE celebra su victoria de Laturce.)

LIAÑO.— ¡Soy la Eterna Consolación! ¡Victoria sobre Mahoma!

(Se congela la acción. TOLOSA mira a sus compañeros.)

TOLOSA.— Yo quería afrentar su vida y matar su memoria. Su castigo sería, puesto que se creía Dios, convertirlo en el Diablo y que los que ahora le adoraban acabaran matándole. *(Parece que la acción va a reanudarse. Los personajes del principio hacen mutis, a excepción de FRANCISCO. TOLOSA detiene la acción.)* No, Francisco. Faltaba un día para que tú llegaras. Así lo calculé. *(El peregrino hace mutis al mismo tiempo que vuelve a la actividad. TOLOSA se acerca a LIAÑO.)* Si fuerais un emperador romano, diría salve Augusto. Si fuerais el Papa, confesadme; pero estáis incorporado a la esencia divina y la tierra no acogerá vuestro cuerpo en la medida en que sois parte de Dios. Os uniréis con él en los Cielos.

LIAÑO.— Levitaré.

TOLOSA.— Lo dijo la profecía de «San Ginesóstomo el Goliardita».

LIAÑO.— ¡Bien!

TOLOSA.— Así pues, tocado como estáis por la Perfección absoluta, nada os pedimos, sino que, postrados, os ofrecemos nuestro cuerpo y nuestra alma. ¡Hosana al Salvador Ungido!

TODOS.— (*Arrodillándose.*) ¡Hosana!

TOLOSA.— ¡Traed el vino de la consagración!

(En ese instante el decorado comienza su última transformación. Se crea una bóveda de ojivas, cuya clave es el centro de la campana. Tupidas arquerías de estatuas, profusa decoración, se doblan los arbotantes, se arraciman las gárgolas. Un mundo pétreo, agobiante parece retorcerse y gritar obscenidades. Se susurra una canción que comienza piadosa y acabará orgiástica.)

CORO.— ¡Bendición y sacramento!

(Se reparten las copas.)

TOLOSA.— (*Al CONDE.*) En vuestra ausencia mandé a los maestros que terminaran de remodelar vuestro castillo para convertirlo en santuario. No sólo sois guerrero. Si os han de rezar, postrados y oferentes los devotos de todo el mundo, que vean aquí la catedral de Dios. (*TOLOSA describe al CONDE el paisaje alucinado.*) Se han tallado capiteles y frontispicios con la fuerza de una obsesión, porque los imagineros estaban tocados por la gracia.

LIAÑO.— La mía.

TOLOSA.— No hay otra. Todo rebosa aquí vida múltiple y trepidante. (*Antes de que LIAÑO lo diga.*) La vuestra. Aquí (*Señalando.*) está esculpido el infierno entero con sus horrores.

LIAÑO.— ¿Y por qué no el cielo?

TOLOSA.— La Gloria está donde vos estáis. Las convulsiones salvajes de estos seres abyectos son la evidencia de vuestra victoria sobre el Mal. Mirad cómo de las fauces de este Leviatán brotan grotescos diablos, todos ellos amedrentados por vos. (*Señala otro bajorrelieve.*)

LIAÑO.— *(Dudoso.)* ¿Ése soy yo?

TOLOSA.— No vos, sino el símbolo de vuestro poder: una máscara barbuda con piernas de caballo, que lleva en su nuca una escrescencia a la que se le ha engastado una segunda cabeza con aspecto felino.

LIAÑO.— ... felino. ¿Y significa?

TOLOSA.— Las piedras sólo deben susurrar. A los peregrinos que vengan a este santuario hay que regocijarles la mirada, pero inquietarles el espíritu. Crear un diálogo permanente entre el alma y la piedra. Dios habla a través de las visiones, ¿no?

LIAÑO.— ¡Cierto!

TOLOSA.— Pues éstas son las visiones que vos enviáis a los hombres.

LIAÑO.— ¡Ah, me place! *(Animándose, se engola.)* ¿Y qué otras visiones he enviado a los hombres?

(El CORO va subiéndose a las malformaciones pétreas y mantiene con ellas una unidad cómicamente obscena, que es celebrada con vino al grito de:)

CORO.— ¡Bendición y sacramento!

TOLOSA.— *(Al CONDE.)* Ved aquí *(mostrándole otro lugar)* todos los dioses paganos en forma de gryllas. Racimos de cráneos persas, y escitas, escarabajos sardos, genios multicéfalos con cimera zoomórficas. El dios Molos, que ha perdido su cabeza por violentar a una ninfa, lleva ahora sus ojos en el pecho. Toda la gléptica grecorromana esculpida... *(LIAÑO va a preguntar. TOLOSA se le adelanta)* ... para recordar vuestras victorias. *(LIAÑO se complace. TOLOSA hace gesto al CORO.)*

CORO.— ¡Bendición y sacramento! *(Un nuevo brindis, que cada vez es más grotesco.)*

TOLOSA.— La espiritualidad de este santuario brota de sus esculturas. Ellas hostigarán los sentidos para que jamás se olvide el turbio sedimento que provoca la infamia!

(TOLOSA ha dedicado imprudentemente la última frase al CONDE. Éste, en los comienzos de la embriaguez, no descarta la posibilidad del insulto, pero pierde el recelo ante un nuevo grito de acatamiento.)

CORO.— ¡Bendición y sacramento!

TOLOSA.— Fijaos en este sinuoso animal que se yergue sobre una columna.
Es el innombrable.

CORO.— Belcebú, Satanás, Belfegor. (*Pidiendo brindis.*)

LIAÑO.— ¡Sacramento y bendición! (*Bebe.*)

TOLOSA.— Ved que posee una cara trasera que respira vicio y que, situada debajo de una gran cola, está hecha como el hocico de un macho cabrío.

CORO.— ¡Sacramento y bendición!

TOLOSA.— Aquí, alas mucilaginosas. Más allá, pieles con escamas. Brazos múltiples, dedos palmípedos. (*El CONDE, embriagado de honor y vino, no distingue la mofa de la idolatría.*)

LIAÑO.— ¡Basta, basta! Me place, pero ¡basta!

TOLOSA.— Si os place, concedednos la Fiesta de los Locos.

(*Pausa. Cesan los cánticos y los brindis.*)

LIAÑO.— ¿La Fiesta de los Locos?

TOLOSA.— Para celebrar vuestra Espiritual venida, Salvador Unigénito.

LIAÑO.— No, no. La Fiesta de los Locos, no. Hay en ella sacrilegios.

TOLOSA.— Dios hace en vos todas las cosas. No estáis sometido a ley ni a mandamiento. Para vos el pecado no existe.

LIAÑO.— (*Complacido.*) ¿Se dice eso en alguna profecía?

TOLOSA.— En la visión que tuvo Santa Cornamusa en el Monte Veneris ante un hierbajo ardiente.

LIAÑO.— ¿Cuánto tiempo durará la Fiesta?

TOLOSA.— Poco, muy poco. El suficiente para que nuestras extravagantes y cautelosas fantasías secretas puedan confesarse en público. Es bueno para el alma, mi señor, descansar un día de las duras pruebas cotidianas para que éstas sean reanudadas con más ímpetu y fervor. ¿No descansó vuestro Padre el séptimo día de la Creación?

LIAÑO.— ¿Mi padre? ¡Ah, sí, sí, descansó! Pero ellos descansarán durante la fiesta, no me adorarán. El monaguillo será obispo; el villano, caballero. Se elegirá a un Rey de Burlas, a un Señor del Desgobierno. Todo estará invertido.

TOLOSA.— Los últimos serán los primeros. Un anticipo de la gloria.

LIAÑO.— Y si yo soy el primero, ¿deberé ser en la Fiesta el último?

TOLOSA.— Según por dónde empecéis la lista. Si Dios sois vos, deberíais ser el Diablo... (LIAÑO *va a protestar*), ¡a quien no se adora menos y posee igual origen celestial! ¿No sois el vencedor del Anticristo?

LIAÑO.— ¡Lo soy, cierto!

TOLOSA.— Pues ceñíos sus atributos como trofeos y os adoraremos locos hoy, para adoraros cuerdos mañana.

(Hay una pausa en la que todos esperan la decisión.)

LIAÑO.— *(Exultante, levantando su copa y aceptando.)* ¡Adoración y sacrilegio!

CORO.— ¡Adoración y sacrilegio! *(El CORO, preparado con máscaras y disfraces, comienza un rítmico canto orgiástico, parodia de la misa, que se baila como una tradicional Danza de la Muerte alrededor del CONDE. Con cada estribillo se despojan de sus ropas, según el personaje que interpretan, y enseñan las contrarias que llevan debajo.)*

«Si el exceso no es la Muerte
invirtamos nuestra suerte»

(El CONDE, infatuado por las reverencias y sin dejar de beber, permite que se le vista como una bestia horrible, tapado su rostro por una máscara tricéfala de orejas puntiagudas. El armazón que sujeta la campana tiene aspecto de escenario... o cadalso, y mediante poleas se eleva al CONDE hasta la plataforma, aunque sin que sus pies reposen en ella para que dé el aspecto de indefenso pelele. Parte del coro trepa por los maderos y queda a diferentes alturas a su alrededor.)

LIAÑO.— ¡Tolosa!

TOLOSA.— ¿Qué, mi señor?

LIAÑO.— ¡Mira, al fin, al fin levito!

TOLOSA.— Ya lo predijo el asno de Belén. *(La danza macabra gira enfebrecida.)*

CORO.— «Si el exceso no es la Muerte
invirtamos nuestra suerte»

(A una señal de TOLOSA, todos se detienen y callan.)

TOLOSA.— *(Dando una copa al CONDE.)* Señor, no basta con el vestido, también es necesaria la acción.

(TOLOSA ha visto que FRANCISCO acaba de llegar; entonces le quita al CONDE la tela que cubre su pecho para que pueda verse la cicatriz en forma de cruz.)

CORO.— ¡Adoración y sacrilegio!

LIAÑO.— ¡Adoración y sacrilegio! *(A TOLOSA.)* ¿Y qué debo hacer?

TOLOSA.— Debéis convertir el vino en sangre, como hizo vuestro contrario.

LIAÑO.— Pero..., pero si es mi contrario, ¿no debería convertir la sangre en vino?

CORO.— Sa-cri-le-gio. Sa-cri-le-gio. Sa-cri-le-gio.

TOLOSA.— ¿Y sabéis hacerlo?

LIAÑO.— No estoy seguro.

CORO.— Sa-cri-le-gio. Sa-cri-le-gio. Sa-cri-le-gio.

TOLOSA.— Pero ¿no sois el Hijo de Dios?

LIAÑO.— Las profecías lo dicen.

CORO.— Sa-cri-le-gio. Sa-cri-le-gio. Sa-cri-le-gio.

TOLOSA.— ¿Deseáis mi ayuda?

LIAÑO.— Siempre la he tenido, ¿no?

TOLOSA.— Más de lo que suponéis.

LIAÑO.— ¿Entonces?

TOLOSA.— Os la daré.

CORO.— Sa-cri-le-gio. Sa-cri-le-gio. Sa-cri-le-gio.

TOLOSA.— *(Al CORO.)* Bebamos: el milagro ya está hecho.

(Uno a uno le apuñalan. La sangre cae sobre sus rostros y copas. Sube el ritmo y la orgía hasta que se oye un grito. Es FRANCISCO, que ha subido por detrás de la campana y, alucinado, descabeza al CONDE, al mismo tiempo que el clima ha llegado al paroxismo y cesa bruscamente, inmovilizándose en un cuadro de feroz repulsión. La luz marca un cambio de clima. Por diferentes esqui-

nas de la arracimada escultura humana que preside el cuerpo sin cabeza del CONDE, aparecen los personajes de la obra, que se colocan en cinco direcciones distintas, en el origen de las cuales se situará FRANCISCO bajando de la campana mientras los demás hablan.)

TOLOSA.— El recuerdo es doloroso, pero necesario.

GUILLEM.— Pronto sonarán las siete trompetas.

(Nuevamente hay prodigios en el cielo. Todos miran hacia arriba, pero ninguno lo hace ya con temor.)

CAROLO.— ¡Qué gran cementerio es el corazón humano!

(FRANCISCO ha llegado a su encrucijada.)

TOLOSA.— Y bien, Francisco, ¿seguirás ahora buscando nuevas redenciones?

FRANCISCO.— *(Serenamente.)* Él me recordará que no debo hacerlo.

ALEGRET.— ¿Él? ¿Quién?

DINAZARDA.— ¿Dios?

FRANCISCO.— No, el Conde de Liaño.

(FRANCISCO saca o asoma cogida por los cabellos la cabeza del CONDE guardada en el zurrón que a nadie dejó tocar.)

TOLOSA.— Si te ha de servir para eso, mejor reliquia es que la que está en Compostela.

DINAZARDA.— Quizá Santiago te impidió llegar a él para que antes te encontraras con Liaño.

FRANCISCO.— O con vosotros.

TOLOSA.— Nosotros somos peregrinos, ya te lo dije.

CAROLO.— Sólo que ninguno va a Santiago.

DINAZARDA.— No es el culto a los muertos lo que vivifica.

GUILLEM.— El sepulcro es lo que cada uno necesita.

TOLOSA.— El sepulcro de Santiago está dentro de cada uno.

(La Vía Láctea se configura en el cielo y, al instante, miles de estrellas más la hacen desaparecer. Los peregrinos se miran entre sí y, al acuerdo, cada uno tira una cinta hacia el extremo por donde hará mutis, y comienza a andar por ella como si fuera un camino. Con cada acción el personaje canta o recita brevemente.)

GUILLEM.— *(Extendiendo su camino.)*
 «Tyempo es de renunciar
 ya los ommes el palasçio
 no es tiempo de trovadores
 e nin de omme gentiles,
 pues son onrrados los viles
 con usos, arrendadores.»

CAROLO.— *(Igual.)* «¡Es olifante, no es campana/ que a treinta leguas me llama!»

DINAZARDA.— *(Igual.)* «Cuentan, pero Alá sabe más, que hace mucho tiempo, dos hermanas...» *(Se detiene.)*

ALEGRET.— *(Canta, pero tristemente.)*
 «A1'entrada del temps clar ¡eya!
 Per joia recomençar ¡eya!
 E per jelós irritar ¡eya!
 Vòl la regina mos... *(Se detiene.)*

TOLOSA.— «Ni cadenas me sujetan ni me guardan llaves, acompaño a los peores y busco a mis iguales.»

(Ya el haz de caminos está extendido. Los cinco personajes vuelven a mirarse y comienzan a andar, alejándose unos de otros, mientras ahora, todos a la vez, recitan y cantan hasta desaparecer por los extremos. En el centro del escenario, el CORO y su macabro campanario avanza lentamente susurrando iniquidades. Al llegar hasta FRANCISCO, suena una sola vez la campana, y su tañido se prolonga hasta el oscuro y el telón, no sin que antes veamos cómo el peregrino deja caer la cabeza del CONDE para taparse los oídos.)